



IDEI
INSTITUTO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES



Konrad
Adenauer
Stiftung



IDEI UNIVERSIDAD DE CHILE
INSTITUTO DE ESTUDIOS
INTERNACIONALES

GENERACIÓN DE DIÁLOGO CHILE - PERÚ PERÚ - CHILE

DOCUMENTO 2
Aspectos históricos

Joaquín Fernandois
Daniel Parodi

Antonio Zapata
Sergio González

GENERACIÓN DE DIÁLOGO
CHILE-PERÚ
PERÚ-CHILE

Documento 2
Aspectos históricos



GENERACIÓN DE DIÁLOGO CHILE-PERÚ PERÚ-CHILE

Documento 2 Aspectos históricos

Joaquín Fernandois
Daniel Parodi

Antonio Zapata
Sergio González

Generación de Diálogo Chile-Perú / Perú-Chile
Documento 2: Aspectos históricos

Primera edición, diciembre de 2011

- © Konrad Adenauer Stiftung
General Iglesias 630, Lima 18 – Perú
Email: kasperu@kas.de
URL: www.kas.de/peru
Telf.: (51-1) 242-1794
Fax: (51-1) 242-1371

- © Instituto de Estudios Internacionales (IDEI)
Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Lima 1 – Perú
Email: idei@pucp.edu.pe
URL: www.pucp.edu.pe/idei
Telf.: (51-1) 626-6170
Fax: (51-1) 626-6176

- © Universidad de Chile
Condell 249, Providencia, Santiago de Chile
Email: inesint@uchile.cl
URL: www.iei.uchile.cl
Telef.: (56-2) 496-1200
Fax : (56-2) 274-0155

- © Konrad Adenauer Stiftung
Enrique Nercaseaux 2381, Providencia, Santiago de Chile
Email: fkachile@fka.cl
URL: www.kas.de/chile
Telef.: (56-2) 234-2089
Fax: (56-2) 234-2210

Diseño de cubierta:
Sandra Namihás / Eduardo Aguirre

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú
Registro: N° 2011-15437

ISBN N° 978-9972-671-09-8

Impreso en: Equis Equis S.A.
RUC: 20117355251
Jr. Inca 130, Lima 34

Impreso en el Perú – Printed in Peru

Índice

Presentación	9
CAPÍTULO I De Ancón a La Haya: Relaciones diplomáticas entre Chile y el Perú <i>Antonio Zapata</i>	11
CAPÍTULO II La guerra del Perú y Chile contra España: olvidos y recuerdos de una gesta común <i>Daniel Parodi Revoredo</i>	29
CAPÍTULO III Una mirada regional a las relaciones entre Perú y Chile. Tres momentos de solidaridad en Tarapacá (1872-1907) <i>Sergio González Miranda</i>	41
CAPÍTULO IV De la paz final a la paz herida <i>Joaquín Fermandois</i>	67

PRESENTACIÓN

La presente publicación es el segundo producto del proyecto *Generación de Diálogo entre Chile y Perú en el marco de los nuevos desafíos bilaterales y regionales*, que desarrollan el Instituto de Estudios Internacionales (IEI) de la Universidad de Chile, el Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) de la Pontificia Universidad Católica del Perú y las oficinas de Chile y Perú de la Fundación Konrad Adenauer.

El objetivo es promover espacios y canales de diálogo informal entre agentes de la sociedad peruana y chilena, centrándose en temas de la agenda bilateral constructivos para ambos países, mirando hacia el futuro y sin otro objetivo que fomentar una normalización en las relaciones entre el Perú y Chile y, de ser posible, su mejoramiento.

En este marco es que se han desarrollado una serie de encuentros bilaterales, abordándose diversos temas y áreas de la relación, destacando entre ellos el aspecto histórico. En este sentido, el presente documento da cuenta del trabajo de cuatro historiadores, dos chilenos y dos peruanos, que han buscado rescatar los encuentros – sin desconocer los desencuentros– entre ambos países, en distintos períodos históricos.

Antonio Zapata entrega una visión panorámica de la relación bilateral, definiendo tres etapas, la que se inicia inmediatamente después de la Guerra del Pacífico hasta 1929, la segunda de 1929 hasta la que se abre en los 70 y continúa hasta hoy. El historiador rescata el aporte de la bibliografía que se ha escrito en ambos países, dándonos una visión amplia y rigurosa de los hechos.

Daniel Parodi, plantea su trabajo desde la perspectiva de la reconciliación y a partir de los estudios de Valérie Rosoux sobre reconciliación con el pasado. Para esta autora, existen tres opciones: a) exageración de los hechos, b) expediente del olvido, que nunca alcanza lo que busca y c) El trabajo de la memoria, que supone que entre dos países que tuvieron un conflicto son inevitables las diferentes interpretaciones, proponiendo entonces la aceptación de la pluralidad de versiones. En su escrito este autor plantea la idea de destacar aquellas iniciativas en que Chile y Perú han actuado en conjunto, por sobre las acciones en las que nos hemos visto enfrentados.

Sergio González Miranda, en su escrito, analiza diferentes hitos de la historia bilateral en el período de post conflicto y desde una perspectiva más regional. Aborda la etapa del salitre, la realidad que vivía durante ese período la población de la región de Tarapacá y profundiza en las diferentes identidades que se contraponían durante esa etapa, así como los diferentes intereses en juego.

Por último, Joaquín Fernandois, entrega una visión más contemporánea de la vinculación chileno-peruana y profundiza en lo que supone la contraposición de las posturas de ambos países, respecto a la existencia o no de temas pendientes entre ellos y aborda las tensiones más recientes y el significado de la reclamación de Perú ante la Corte Internacional de la Haya por el límite marítimo.

En esencia, creemos que estos cuatro trabajos de reconocidos historiadores de Chile y Perú permiten un acercamiento, desde distintas perspectivas, a la historia de ambos países y reflejan la amplitud de criterios, la multidimensionalidad y la rigurosidad de este proyecto de diálogo en que estamos involucrados y que confiamos pueda constituirse en un aporte en la vinculación bilateral.

CAPÍTULO I

De Ancón a La Haya: Relaciones diplomáticas entre Chile y el Perú

De Ancón a La Haya: Relaciones diplomáticas entre Chile y el Perú

Antonio Zapata*

Este ensayo presenta una visión panorámica de las relaciones diplomáticas entre Chile y Perú, durante el período abierto por el Tratado de Ancón y que se prolonga hasta la contienda en la Corte Internacional de Justicia de La Haya. Para el Perú, su relación con Chile constituye un tema bastante sensible. La derrota en la Guerra del Pacífico y, como veremos, la larga pugna por Tacna y Arica obligaron a una refundación espiritual del país. En esa lucha, el Perú como nación volvió a nacer, puesto que los hechos heroicos que lo definen no nacen en la independencia, sino provienen de la Guerra con Chile de 1879. En este sentido, el *país del sur* ha sido el enemigo por excelencia, la contradicción en estado puro.¹

Por el contrario, para Chile, el Perú carece de semejantes características. País derrotado en la guerra y perdedor de la mayor parte de enfrentamientos, se le teme por su resentimiento, pero se le siente inferior; en cierto sentido es mirado por encima del hombro. No obstante la ausencia de guerra contra Argentina, para la conciencia nacional chilena, el *país del Río de la Plata* ocupa el puesto que Chile tiene en el Perú. La idea fundamental implica un rival poderoso, que si se decide puede enfrentar ventajosamente al otro.

Pero, ello no significa que el Perú carezca de sentido en la definición de la conciencia nacional chilena. Por el contrario, su puesto es preciso, es percibido como un pueblo resentido en el alma y dispuesto a seguir disputando con regularidad en el ánimo de la revancha. Asimismo, es percibido como un país antiguo, con larga tradición y enorme variedad cultural interna. Si los peruanos sentimos que Chile siempre ha estado en contra nuestra y ha ambicionado nuestros recursos, en Chile conceptúan algo semejante, que los peruanos somos resentidos y que igualmente siempre estamos en contra suya.² Del mismo modo, compartimos un aprecio por virtudes que sentimos que el otro posee y que deseáramos para nosotros mismos. En Chile valoran la antigüedad del Perú y sus ventajas en arqueología, gastronomía y riqueza folklórica. En el Perú es más simple; se trata del aprecio por el orden y el buen funcionamiento del Estado chileno.

* Doctor en Historia de América Latina por la Universidad de Columbia, Nueva York. Profesor de Historia en la Pontificia Universidad Católica de Perú.

¹ Charles Tilly ha desarrollado una amplia obra fundada en la idea que los Estados se definen por el conflicto y que uno es la antítesis de un enemigo con fuerte poder de influencia. TILLY, Charles. *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*. Madrid: Alianza Editorial, 1992.

² Una apreciación, desde el punto de vista chileno, de la génesis y evolución de estos sentimientos patrióticos en: VILLALOBOS, Sergio. *Chile y Perú: la historia que nos une y nos separa 1535-1883*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 2004.

Así, están definidos los elementos que eventualmente podrían llevar a una reconciliación. Fruto de su historia compartida, ambas naciones temen a la otra tanto como la valoran. Por ahora, ambos sentimientos se anulan y la suma es igual a cero, pero la desconfianza puede superarse reduciendo el temor y permitiendo que aflore la valoración. ¿Cómo lograrlo? Es un asunto complejo, pero también simple.

La experiencia peruana con el Ecuador constituye el ejemplo de una reconciliación espectacular y positiva, después de haber desarrollado una contradicción más que centenaria, posiblemente de semejante alcance y profundidad que la desarrollada entre Perú y Chile. Pero, bastó una concesión histórica y un acuerdo bien negociado, para que desaparezcan la soberbia y la humillación y florezcan por el contrario sentimientos de solidaridad y hermandad, que llegaron tardíamente a los Estados, pero que siempre habían estado presentes entre los pueblos. Por ello, la decisión que chilenos y peruanos estamos esperando de La Haya puede ser una oportunidad para cerrar dignamente la última diferencia nacida de la historia y abrir las puertas a un futuro de cooperación entre sociedades y Estados.

Pero, el punto de partida es la historia y comenzaremos atendiendo a la periodificación. Después de la Guerra del Pacífico, las relaciones chileno-peruanas han atravesado tres etapas. Una primera, que empieza inmediatamente después de la Guerra del Pacífico, se inicia en 1883, al firmarse la rendición peruana en Ancón y se prolonga hasta la firma del Tratado de Lima en 1929, que puso punto final a la controversia por Tacna y Arica. Este primer período fue sumamente conflictivo y su huella ha de marcar el conjunto de la relación diplomática hasta hoy. En realidad, esta primera etapa post guerra empezó en 1894, cuando se cumplieron los diez años de ocupación chilena de las llamadas “provincias cautivas” y comenzaron los reclamos peruanos para que se realice el plebiscito establecido en Ancón.

En efecto, en este Tratado se incluía una cláusula, que ordenaba la realización de un plebiscito para decidir el destino final de Tacna y Arica, diez años después del intercambio de aceptaciones por los congresos. El país beneficiario de la decisión debía pagarle al otro una suma de diez millones de pesos, que aproximadamente correspondía a un presupuesto anual de la república peruana de entonces. Era bastante dinero y el Perú no tenía recursos. Por ello, durante esos años, la sociedad peruana a través de múltiples instancias y entidades promovió innumerables colectas públicas, para reunir el tesoro a ser usado en el rescate de los hermanos entregados temporalmente a Chile.³

Debido a ello, la idea del plebiscito galvanizó el patriotismo en el Perú después de la derrota, y el sentimiento a favor de la patria perdida se hizo muy fuerte entre la población local en Tacna y Arica. Estos factores obligaron al Estado peruano a luchar

³ El famoso texto de Manuel González Prada, “Discurso del Politeama” empieza refiriéndose a los niños que quieren comprar con el oro lo que sus mayores no han sabido defender con el hierro. Véase: GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *Páginas libres*. Lima: Ediciones Nuevo Mundo, 1964.

diplomáticamente para evitar la incorporación definitiva de las provincias a Chile. Por su lado, en Chile fue fuerte la campaña para no devolver el morro cuya conquista había significado el derramamiento de sangre chilena.⁴ Así, la tercera cláusula de Ancón significó una presión sobre ambas cancillerías para desarrollar una pugna constante y profunda por una porción del territorio considerado por ambos como parte de su patria, para unos la histórica, para los otros, la conquistada.

Como sabemos, pasados los diez años estipulados, el plebiscito no se ejecutó. Entre Chile y Perú surgieron diferencias sobre cómo debía realizarse la consulta, que impidieron su concreción. Poco tiempo después, el Perú intentó una solución diplomática, enviando en una misión clave a uno de los líderes del partido demócrata entonces en el poder. Se trataba de Guillermo Billingurst, un importante político que años después sería Presidente del Perú. Nieto de un patriota inglés que había combatido por la independencia de Buenos Aires, Billingurst era originario de Tarapacá, mantuvo negocios salitreros en su región natal, tanto en el período peruano como posteriormente en el chileno. Incluso murió en su región, después de haber sido derrocado en 1914 por un golpe militar.⁵

Las conversaciones diplomáticas de Billingurst fueron desarrolladas con el almirante Juan José La Torre, quien igualmente era una persona relevante en el imaginario de ambas naciones sobre la guerra, porque había comandado el vapor Cochrane en Punta Angamos. Billingurst y La Torre arribaron a un protocolo suscrito el 16 de abril de 1898, por el cual se sometía al arbitraje del Rey de España los puntos en discrepancia sobre la mecánica del plebiscito.

Pero, el instrumento internacional se pasmó, porque si bien en el debate parlamentario en el Perú fue aprobado con celeridad, en el Congreso chileno se atracó, sobre todo en la cámara baja, donde el diputado Abraham Konig planteó una idea chocante para el Perú, según la cual, la cláusula 3 de Ancón era una cesión encubierta de Tacna y Arica, y que no correspondía realizar un plebiscito, sino pagar los mencionados diez millones de pesos a modo de compensación económica.⁶

Finalmente, la cámara de diputados de Chile aprobó al acuerdo, pero dejó a futura discusión sus estipulaciones. Según la interpretación peruana de estos acontecimientos, el acuerdo de los diputados chilenos equivalía a una especie de limbo legal. El protocolo con el Perú no había sido rechazado, pero tampoco aprobado, porque sus estipulaciones estaban pendientes y nunca fueron resueltas por el parlamento chileno.

⁴ Al respecto era famosa una frase de Benjamín Vicuña Mackenna, “No soltéis el morro”, expresando una significativa consigna patriótica que ayudó a conservar Arica en manos chilenas. Un estudio muy sugestivo de su carrera se debe al historiador peruano: RÉNIQUE, José Luis. “Benjamín Vicuña Mackenna, exilio, historia y nación”. En: McEVOY, Carmen y Ana María STUVEN. *La república peregrina: hombres de armas y letras en América del Sur, 1800-1884*. Lima: IEP, 2007.

⁵ ULLOA, Alberto. *Don Nicolás de Piérola: una época de la historia del Perú*. Lima: Minerva, 1981.

⁶ MAÚRTUA, Víctor. *La cuestión del Pacífico*. Lima: Imprenta Americana, 1919.

Refuerza esta interpretación la suerte de un convenio internacional chileno-boliviano firmado pocos años atrás. En efecto, aunque este convenio iba en sentido contrario al firmado con el Perú, puesto que prometía entregar a Bolivia las provincias de Tacna y Arica, si Chile se imponía finalmente en la pugna del plebiscito, el caso es que también quedó en el limbo legal. Así, este convenio con Bolivia tampoco fue ejecutado, a pesar de haberse convenido y firmado. ¿Qué estaba ocurriendo en el congreso chileno?

El tema era la Argentina, que constituía el verdadero problema internacional de Chile en esos años. El tránsito entre el siglo XIX y el XX registra una gran tensión entre Chile y la Argentina, que casi las lleva a la guerra. Por ello, en ese momento, la cuestión atlántica dominaba los intereses estratégicos de Chile, que para encararlos requería tranquilidad en el Pacífico.⁷ El mecanismo para obtenerla con ambos vecinos derrotados en la Guerra del Pacífico fue la firma de convenios por separado, que aparentemente ofrecían solución satisfactoria a las demandas de estos, pero que no se ejecutaban, porque el Congreso chileno los encarpataba y, además, porque eran contradictorios entre sí. Ocurrió con ambos, primero con Bolivia y luego con el Perú.

La tensión de Chile con Argentina no terminó sino con los Pactos de Mayo de 1902. Durante este período de conflictos atlánticos, la población de origen peruano que vivía en Tacna y Arica se mantuvo pacífica sin sufrir presiones ni hostilidades. Pero, apenas Chile tuvo las manos libres comenzó la etapa que la historiografía peruana denomina “chilenización”. Es decir, un proceso promovido por el Estado de traslado de población proveniente del Chile histórico hacia las provincias del norte, recientemente incorporadas a su heredad patria. Los gobiernos chilenos jugaron un papel de primer orden porque emprendieron grandes obras públicas con los recursos del salitre. Estas obras requerían mano de obra, y la población local peruana anterior a la guerra era pequeña, entonces se galvanizó una migración interna inducida por el Estado. Adicionalmente, los empleados públicos en el norte gozaban de algunos beneficios consistentes en mejores salarios y condiciones de trabajo.

Asimismo, este proceso de “chilenización” de las provincias de Tacna y Arica fue paralelo a una gran hostilidad frente a la población peruana originaria. En ese período fueron cerradas las iglesias peruanas, con gran escándalo de los feligreses, además los sacerdotes peruanos fueron deportados; la represión se extendió a la educación y también fueron clausuradas las escuelas peruanas; finalmente, las familias locales fueron invitadas a mudarse al Perú, de una manera brusca y prepotente, dicho con la suavidad que no imperó en las autoridades chilenas de esos años.

Por ejemplo, el más importante historiador de la república peruana, el doctor Jorge Basadre, que era tacneño y nacido durante la ocupación, relata en sus memorias la

⁷ La posición de Chile respecto de las tensiones con Argentina se puede seguir a partir de: BARROS VAN BEUREN, Mario. *Historia diplomática de Chile, 1541-1938*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1990.

experiencia fascinante de haber acudido a un colegio peruano clandestino, siendo apenas un niño en sus primeros años, y recordaba con gran emoción, el canto del himno nacional en esas duras condiciones. La experiencia peruana en Tacna y Arica fue crítica durante esa etapa de la ocupación chilena.⁸

Por ello, la relación entre ambos países fue muy hostil durante la primera y segunda década del siglo XX. En realidad, no hubo peligro de guerra porque el Perú estaba militarmente inerte. Así, aunque el Perú estuvo muy tenso y fue un momento de gran patriotismo, entendido como pugna con Chile, no hubo realmente un peligro de conflicto bélico en todo este ciclo. Pero, las relaciones diplomáticas estuvieron interrumpidas hasta 1928. En efecto, durante las primeras tres décadas del siglo XX, la vecindad estaba prácticamente interrumpida, porque no había siquiera conversaciones entre ambos Estados.

Mientras tanto, en ese mismo período, Chile y Bolivia habían firmado el Tratado de 1904, que es un instrumento internacional fundamental, porque define el encierro boliviano hasta el día de hoy. Asimismo, en ese tratado se incluye un conjunto de consideraciones sobre el ferrocarril entre Arica y La Paz, que fue una de las obras públicas que atrajeron trabajadores especializados chilenos, a los que hemos hecho referencia. El punto del ferrocarril motivó una protesta peruana, porque implicaba decisiones definitivas sobre una provincia que aún podía ser peruana, puesto que todavía no se había cumplido con el plebiscito acordado en Ancón. De tal manera que, en el entendimiento del Estado peruano, Chile era un ocupante temporal de Arica, que en forma abusiva estaba tomando decisiones trascendentales que en la práctica incorporaban definitivamente la provincia a su patria, como efectivamente ocurrió años después.⁹

Por su parte, acerca de cuestiones territoriales, el Perú de comienzos del siglo XX afrontaba dificultades con casi todos sus vecinos. Salvo en el caso del Brasil, con quien el Perú arregló sus fronteras pacíficamente en la mesa de negociaciones, se registraron problemas en todos los frentes. En realidad, desde su nacimiento, dada su posición central en el continente sudamericano, la definición de fronteras del Perú ha sido un proceso muy conflictivo. Además, los problemas se concentraron en los primeros treinta años del siglo XX, que constituyen una etapa de profunda debilidad estratégica del Perú. La sensación de encierro acompañó al Perú de esas décadas hasta que, en los años veinte, el largo gobierno de Augusto B. Leguía, tuvo el coraje de tomar decisiones difíciles para cambiar de rumbo y fijar las fronteras del Perú, primero con Colombia y luego con Chile.

Aunque en ambos casos, el gobierno peruano cedió con respecto a las pretensiones máximas de la ciudadanía, el hecho es que el presidente Leguía cerró las fronteras y

⁸ BASADRE, Jorge. *La vida y la historia, ensayo sobre personas, lugares y problemas*. Lima: Industrial Gráfica, 1981. Este texto contiene las memorias del ilustre historiador peruano.

⁹ GARCÍA SALAZAR, Arturo. *Historia diplomática del Perú*. Lima: Rivas Berríos, 1930.

con ello rompió las ataduras del país con respecto a la cuestión internacional. Cierto es que el proceso aún no había terminado y que había mucho pan por rebanar, pero Leguía dio un gran paso. Así, en 1929, con el llamado Tratado de Lima, termina esta primera etapa de las relaciones entre Chile y el Perú, que estuvo definida por el conflicto y el más profundo disenso; a continuación se abre un segundo período bastante más pacífico.¹⁰

Este período inicial de pugna por Tacna y Arica fue fundamental en la relación histórica entre Perú y Chile. En realidad deriva de un defecto del Tratado de Ancón, que no cerró definitivamente el diferendo territorial planteado por la Guerra del Pacífico, sino que dejó un importante pendiente, que fue la causa del conflicto posterior. La mayor parte de los tratados que siguen a guerras se empeña por terminar con los pendientes, de tal forma de poder comenzar de nuevo.

En esa primera etapa se forma el imaginario nacional sobre el otro país y se escriben los libros y obras artísticas claves, que fundamentan en cada uno la postura sobre el vecino. Entonces, la pugna por Tacna y Arica provocó que los recuerdos de la Guerra del Pacífico se magnifiquen y la hostilidad aparezca como el sentimiento principal entre ambas naciones. Por ello, los cincuenta años que habrían de transcurrir entre el inicio de la guerra y el Tratado de Lima fueron decisivos y han tenido un largo efecto, porque definieron la mentalidad colectiva en cada país, incorporando una imagen negativa del otro.¹¹

Para terminar con esta etapa, Leguía argumentó que el tiempo corría en contra del Perú, que pasados más de treinta años de la fecha originalmente prevista para la realización del plebiscito, y considerando los cambios de población mencionados, el Perú podría perder la consulta popular. Con ello, observaría atónito cómo ambas provincias pasaban a manos de Chile en forma legal.¹²

Por ello, el Presidente peruano se orientó hacia una negociación política, buscando el arbitraje de los Estados Unidos de Norteamérica. Una vez conseguida la negociación, la resolución del árbitro, ordenando que se lleve adelante la consulta, no se pudo ejecutar, porque en opinión de la misión norteamericana encargada de llevarla adelante, no había condiciones democráticas en la región, a causa de la conducta del gobierno de Chile contra los peruanos. Por lo tanto, se retiró frustrado el general Pershing y, luego, el general Lassiter declaró impracticable la consulta popular. Esta decisión fue una victoria política del Perú, pero amenazaba con tornarse pírrica, porque significaba la continuidad de la posesión chilena sobre ambas provincias.¹³

¹⁰ BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú. Tomo IX*. Lima: Editorial Universitaria, 1969.

¹¹ BELAUNDE, Víctor Andrés. *Nuestra cuestión con Chile*. Lima: Editorial Sanmartí, 1919.

¹² Una interpretación de conjunto de la obra gubernamental de Augusto B. Leguía se puede encontrar en: PLANAS, Pedro. *La república autocrática*. Lima: Fundación Friedrich Ebert, 1994.

¹³ El diplomático peruano Félix Calderón, ha realizado un análisis detallado de este proceso en: *El Tratado de 1929. La otra historia*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2000.

Así, el proceso del arbitraje condujo a las negociaciones directas entre Chile y Perú, vía el restablecimiento de las relaciones diplomáticas a nivel de embajadas en 1928. Ese esfuerzo fue coronado al año siguiente cuando se firmó el Tratado de Lima, que divide las dos provincias, Tacna para el Perú y Arica para Chile. La propuesta de división había estado en la mesa de negociación durante bastantes años y recién se reunieron fuerzas para aceptarla.¹⁴

A continuación, se abrió un período que la historiografía peruana califica como la “opción de paz”. El razonamiento que lo preside se halla en un discurso del destacado historiador José de la Riva Agüero, quien pronunció un mensaje en la Academia Militar, enjuiciando las relaciones entre Chile, Bolivia y el Perú históricos.

Buena parte de los conceptos que se presentan en este mensaje se refieren a la nueva situación abierta por el Tratado de Lima y las perspectivas futuras. Riva Agüero era un líder conservador, integrante de la antigua elite limeña y católico muy tradicional. Asimismo, historiador notable y dotado de gran capacidad de síntesis y claridad expositiva. En esa ocasión, conceptualizó el pasado en función al porvenir de las relaciones chileno-peruanas. Con ello, definió el nuevo rumbo que había de seguir la cancillería peruana en las décadas por venir.¹⁵

De acuerdo al discurso de Riva Agüero, dos condiciones son necesarias para que fructifique la paz entre Chile y Perú. En primer lugar, desarrollar intereses comunes y concretarlos a través de instituciones conjuntas, que generen vínculos permanentes. Como se puede entender, en ese momento, después de cincuenta años de pugna, casi no existían relaciones estables a nivel de Estado, pero tampoco entre entidades de la sociedad civil. En los duros primeros veinte años del siglo XX, los únicos que mantuvieron relaciones fraternas con sus pares chilenos fueron los obreros anarcosindicalistas, que desplegaron su postura internacionalista en esas condiciones, más bien patriotas y nacionalistas. Pero, fueron los únicos y el ambiente fue de cierra puertas. Ante ese panorama, Riva Agüero pone el acento en desarrollar una actitud contraria, propensa a desarrollar los vínculos e intereses compartidos entre Chile y Perú en los terrenos económico, social y estatal.

El segundo punto guarda relación con Bolivia. Según el historiador peruano, ambos países, Chile y el Perú, en determinados momentos de su historia habían apostado a subordinar a Bolivia, atrayéndola a una alianza contra el otro. Por el contrario, debían esforzarse a considerar a Bolivia como un tercero con intereses propios, renunciando a la idea de crear una alianza percibida por el otro como amenazante de su propia seguridad. En el balance, el Perú dos veces había apostado por una esquema de este

¹⁴ Una visión bastante crítica desde el punto de vista peruano se halla en el texto: YÉPEZ, Ernesto. *Cómo se negoció el Tratado de 1929, para que no se repita*. Lima: Didi Arteta editora, 1993. Otro trabajo importante del mismo autor es: *Un plebiscito imposible: Tacna y Arica, 1925-1926*. Lima: Editorial Análisis, 1999.

¹⁵ Conferencia pronunciada por José de la Riva Agüero, el 26 julio de 1932, en la Escuela Militar de Chorrillos, titulada “El problema diplomático del sur: relaciones con Bolivia y con Chile, publicada en sus obras completas: DE LA RIVA AGÜERO, José. *Emancipación y República. Tomo VII*. Lima, 1971, pp. 303-343.

tipo, cuando la Confederación y luego, en el Tratado de Alianza Secreto de 1873, que se halla en los orígenes diplomáticos de la Guerra.

Por su parte, Chile también había apelado a esta estrategia, animando a Bolivia a romper su alianza con el Perú, en el momento mismo de la guerra. Por ejemplo, durante la conferencia realizada en el barco norteamericano Lackawana, anclado frente a Arica, justo antes de la batalla por Lima, los delegados chilenos conversaron aparte con los bolivianos, ofreciendo Tacna y Arica a cambio de un cambio de bando. Esa política pro boliviana de Chile prosiguió luego con el presidente Domingo Santa María, quien fue su gran propulsor. Como hemos visto, esta política se había plasmado en el acuerdo de 1895, el cual fue detenido en el Congreso chileno.

Por el contrario, el razonamiento de Riva Agüero insta a ambos países a renunciar a la política del dos contra uno. Ese tironeo del País Altiplánico sería una de las causas profundas de las tensiones entre Chile y el Perú. Por consiguiente, este discurso establece la obligación de tratar a Bolivia como un tercero autónomo, dotado de intereses propios y permanentes.

A continuación, avanzando los años treinta y cuarenta, se encuentra un conjunto de manifestaciones de una relación diplomática más fluida, indicando que ambos países vivían una nueva etapa de sus relaciones diplomáticas. Por ejemplo, en 1933, el Perú tuvo un conflicto con Colombia, por el control del puerto amazónico de Leticia y, en esas circunstancias, Chile tuvo una actitud muy distinta a la habitual, no alentó a los enemigos del Perú, como había sido su línea invariable desde la guerra, sino que, por el contrario, fue un activo mediador. También, Chile y el Perú firmaron un tratado comercial en 1934, uno de los instrumentos internacionales que se hallan en el camino de los TLC de nuestros días.¹⁶

Comenzando los cuarenta, el Perú volvió a tener otro conflicto bélico, esta vez con el Ecuador. En enero de 1942, cuando se reunió una Conferencia Panamericana en Río de Janeiro para analizar el ingreso de Estados Unidos a la II Guerra Mundial, se contempló paralelamente la salida diplomática al conflicto entre Ecuador y el Perú. Ese entendimiento se plasmó en el Protocolo de Río de Janeiro, que estableció la línea de frontera entre ambas naciones. En esa ocasión, nuevamente Chile fue un mediador, que contó con el beneplácito del Ecuador y que gracias a su propuesta acabó como garante de la paz de Río.

Otra de las realizaciones positivas de esta segunda etapa fue la cuestión del mar. Al terminar la Segunda Guerra Mundial, se inició un proceso internacional que condujo a la extensión de las fronteras nacionales a los mares y océanos. Este proceso comenzó por la declaración unilateral del presidente norteamericano Harry Truman,

¹⁶ Una revisión integral de este proceso en el libro: BÁKULA, Juan Miguel. *Perú, entre la realidad y la utopía, 180 años de política exterior*. Lima: Fondo de Cultura Económica, 2002. Este texto constituye la revisión más elaborada de la historia diplomática del Perú.

extendiendo la soberanía de Estados Unidos sobre los recursos contenidos en su mar adyacente, sin precisar un límite determinado. Posteriormente, los presidentes de Chile y el Perú, con un mes de diferencia, Gabriel González Videla y José Luis Bustamante y Rivero, establecieron el límite de 200 millas de soberanía marítima. Con ello, por primera vez en el escenario internacional, se puso en circulación la cifra mágica de 200 millas.¹⁷

Con este espíritu de confianza en proceso de construcción se firmaron los acuerdos de 1952 y 1954, cuyo contenido preciso es materia del contencioso en La Haya. Es decir, hoy en día ambos países discuten si son convenios pesqueros o tratados de límites, pero, cuando se firmaron, eran parte de los diversos mecanismos que iban surgiendo en la cooperación entre ambas naciones. En esa oportunidad, dichos acuerdos abrieron una campaña internacional por extender el planteamiento de las 200 millas a escala planetaria.¹⁸

Otro de los logros de esos acuerdos de 1952 y 1954 fue la constitución de una entidad poderosa para el manejo técnico de las riquezas pesqueras. En efecto, se creó la Comisión Permanente del Pacífico Sur (CPPS), que funciona para colaborar con los Estados en la regulación de las riquezas pesqueras. Además, esta institución se constituyó cuando la pesca industrial estaba naciendo tanto en Chile como el Perú, y por consiguiente ha acompañado el proceso a lo largo de toda su historia moderna. Por su lado, como sabemos, la industria pesquera constituye una industria significativa en ambos países, que comparten uno de los mares más productivos del mundo.

A Chile y Perú se sumaron Colombia y el Ecuador para forjar la CPPS, que desde los años 1950 ha trabajado por regular la pesca y defender la biomasa de su extinción. A lo largo de su historia, esta institución ha acumulado diversos méritos, incluyendo el manejo científico de algunos eventos naturales muy destructivos, como los fenómenos El Niño. Por ejemplo, El Niño de 1998 fue muy bien piloteado, logrando que la industria pesquera se recupere en un breve lapso. Estos logros han generado una buena reputación para una entidad que reúne a los Estados del Pacífico Sudamericano. En este sentido, se habría seguido la primera de las recomendaciones de Riva Agüero, al construir entidades de cooperación estatal alrededor de intereses económicos permanentes.

En un sentido semejante podemos interpretar al Consejo de Países Exportadores de Cobre (CIPEC) que con muchas esperanzas fue fundado en 1966 en Santiago de Chile y al cual se integró el Perú desde el primer momento. Como entidad, el CIPEC perteneció a un tipo de instituciones creadas por los países productores de materias

¹⁷ Una temprana revisión de la posición peruana frente al tema del mar en: FERRERO COSTA, Eduardo. *El nuevo derecho del mar*. Lima. Pontificia Universidad Católica del Perú, 1979.

¹⁸ La postura de Chile frente a la cuestión del mar en: LLANOS MANSILLA, Hugo. *La creación del nuevo derecho del mar: el aporte de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Jurídica de Chile, 1991.

primas en el afán de influir en la determinación del precio. Pero, fracasaron y no lograron sus ambiciosos propósitos iniciales. No obstante este resultado, mientras esta entidad tuvo aliento, fue evidente la cooperación entre Chile y el Perú por sacarla adelante.¹⁹

Así, la segunda etapa de mayor colaboración entre Chile y el Perú tuvo una serie de logros concretos. Como vemos, estos se obtuvieron en diversas materias: mediación en caso de conflicto con terceros, construcción de entidades de cooperación estatal alrededor de intereses económicos y desarrollo de campañas internacionales de envergadura, como fue el empuje conjunto sobre la cuestión de las 200 millas que culminó en la Convención del Mar de 1982.

Pero, estas positivas iniciativas no lograron disipar la mentalidad de pugna que se había formado durante la primera etapa. En efecto, las imágenes más fuertes sobre el otro fueron construidas durante la lucha por Tacna y Arica y no se modificaron sustancialmente en esta segunda etapa. Faltó un trabajo de reducción de la desconfianza política y la educación escolar siguió difundiendo los antiguos estereotipos negativos. Los Estados redujeron su recelo, pero no lo superaron completamente, sino que lo atemperaron. Por ello, la desconfianza histórica continuó latente y explotó en la siguiente coyuntura negativa.

A mediados de los años 1970, se abrió una tercera etapa en la relación entre Chile y el Perú. Los acontecimientos se precipitaron a raíz del golpe militar de 1973 y el establecimiento del gobierno del general Augusto Pinochet. Por su parte, el Perú de entonces estaba dirigido por el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, dirigido por el también general Juan Velasco. Ambos gobiernos se hallaban en posturas ideológicas antagónicas y aumentó la desconfianza en forma exponencial.²⁰

A estos conflictos vino a sumarse una profunda diferencia sobre la política a seguir con relación al Pacto Andino. Por su parte, esta entidad había sido creada durante la etapa anterior y constituía uno de sus logros más importantes. El acuerdo de integración económica había sido firmado en Cartagena en 1969 y constituía una pieza clave de la estrategia de industrialización por sustitución de importaciones, que recomendada por la CEPAL, se había impuesto en la región. Inicialmente fue un acuerdo entre cinco países sudamericanos: Chile, Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia. En 1973 se había sumado Venezuela, pero Chile se retiró en 1976, debido a diferencias que fueron desarrollándose desde el golpe de Pinochet y el cambio de orientación de sus políticas públicas.

¹⁹ La historia de la explotación del cobre en el Chile moderno en: FERMANDOIS, Joaquín, Jimena BUSTOS y María José SCHENEUER. *Historia política del cobre. 1945-2008*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario, 2009.

²⁰ Una revisión exhaustiva del gobierno de Juan Velasco se halla en el libro: McCLINTOCK, Cynthia y Abraham LOWENTHAL (Editores). *El gobierno militar: una experiencia peruana*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1985.

El retiro de Chile del Pacto Andino fue muy controvertido y poco claro. Lejos de presentarse como una ruptura tajante, fue complicado y lleno de incidentes. En realidad, Chile se fue saliendo a lo largo de varios años de conflictos alrededor de una y otra medida. Por su parte, para el gobierno de Velasco, el Pacto Andino era fundamental, porque era el instrumento indispensable de la ampliación del mercado interno, para que una industrialización bien planificada lograra un potencial de acumulación de capital que permitiera el despegue económico. Por ello, la salida de Chile fue motivo de muchas controversias resentidas amargamente.

Asimismo, se desarrolló un conflicto en el seno del CIPEC. El precio internacional del cobre había caído a precios mínimos, mientras que, tanto en Chile como en Perú, se había desarrollado un proceso de nacionalización y estatización de la minería. Ante ello, el gobierno del Perú quería reducir la producción de todos los países del CIPEC en un 15%, en la ilusión de revertir la marcha de los precios, gracias a la ley de oferta y demanda. Pero, Chile atravesaba una crisis económica muy severa y el gobierno de Pinochet no tenía disposición a reducir su producción. Así, se sumó un nuevo motivo al conflicto, que fue creciendo hacia mediados de la década de 1970.

Por este motivo, el gobierno peruano emprendió un importante programa de compras de equipos militares y material de guerra. Entre 1973 y 1975, el Perú firmó un compromiso con la Unión Soviética para adquirir material de guerra en ese país. Con esa decisión, el Perú modificó su política tradicional de adquirir armas en países occidentales. Velasco estaba interesado en la autonomía del Estado peruano y pensaba que Estados Unidos presionaba por sus intereses a través de la venta calculada de armamento. No obstante el contexto de Guerra Fría, el gobierno de Velasco buscó liberarse de esa tutela y acudió a la otra súper potencia en busca de armamento.

En la llamada primera fase (1968-1975), el gobierno peruano compró tanques muy modernos en la URSS, que obligaron a una profunda transformación del ejército, en el sentido de abastecimiento de repuestos, mantenimiento y entrenamiento del personal. Por ello, obtuvo una supremacía militar en esos años. No era tan clara como luego se ha pretendido, ni parece haber llegado a la cifra de 3/1, como alguna vez se ha pretendido, pero el Perú de los setenta habría tenido la correlación militar más favorable en los más de cien años que revisa este breve ensayo.

Por su parte, Chile también siguió comprando armas. No obstante la gravedad de su crisis económica, el País del Mapocho siguió adquiriendo armamento, sobre todo en Estados Unidos. Las fuerzas Armadas de ambos países se dispusieron una frente a la otra. En esas condiciones, el Perú inició un proceso de traslado de su material de guerra hacia el frente sur, desplazando la potencia de fuego tradicionalmente instalada en el norte, de cara al Ecuador.

Empezaron a soplar vientos de guerra, que fueron alentados por sectores políticamente hostiles a ambos gobiernos dictatoriales. Tanto Velasco como Pinochet registraban fuerte oposición interna y los exiliados de ambas nacionalidades veían en una posible guerra el mecanismo ideal para liberarse de su respectivo gobierno autoritario. De este modo, ciertos sectores de la prensa internacional desarrollaron una amplia campaña que excitó las posibilidades de conflicto bélico.²¹

Por ello, los estados mayores de ambas fuerzas armadas elaboraron hipótesis de guerra de un Estado contra el otro. En este momento, se habría abierto la tercera etapa de las relaciones entre Chile y el Perú, que continúa hasta hoy. En realidad, las hipótesis de guerra volvieron realidad la desconfianza que nunca había desaparecido del todo. Por ello, este nuevo período se caracteriza por algunos elementos que provienen de la primera etapa, como el conflicto soterrado, pero sin que hayan desaparecido totalmente otros elementos de mayor colaboración institucional. Así, esta tercera etapa aparece como transitoria e inestable, por contener tendencias contradictorias provenientes del pasado.

La formulación de las hipótesis de guerra guardó relación con el caso boliviano y la nueva política chilena materializada en el “abrazo de Charaña”, que permitió la reanudación de las relaciones diplomáticas entre Chile y Bolivia que estaban rotas desde hacía muchos años. A continuación se produjo la propuesta de cesión de un corredor para Bolivia al norte de Arica. Esta proposición requería el acuerdo del Perú, según el protocolo complementario del Tratado de 1929. En efecto, un punto de este acuerdo internacional, establece que ante una propuesta de cesión de alguna porción de territorio que anteriormente hubiera sido peruano, se requería el consentimiento del País del Rímac. Por ello, se produjo una consulta y lejos de contestar con un sí o un no, el Perú elaboró una contra propuesta. En ese momento, el peligro de guerra se tornó bastante cercano.²²

Visto desde el Perú, el “abrazo de Charaña” y la propuesta de cesión de un corredor, significaba la reaparición de la política del dos contra uno, que habría debido quedar enterrada después de 1929.²³ A partir de ese momento, se enfría la relación chileno-boliviana por razones particulares a ambos países. Bolivia no aceptó la idea de un canje de territorio y en Chile creció la oposición a la entrega de un corredor soberano. Por ello, todo el proceso chileno-boliviano volvió a fojas cero, con tanto desagrado

²¹ Una lectura desde Chile de las tensiones entre los gobiernos de Velasco y Pinochet en José Rodríguez Elizondo, *Chile-Perú, el siglo que vivimos en peligro*. Santiago de Chile: COPESA, 2004.

²² La posición boliviana sobre la cuestión de su mediterraneidad en: GUMUCIO GRANIER, Jorge. *El enclaustramiento marítimo de Bolivia en los foros del mundo*. La Paz: Academia Boliviana de Historia, 1993.

²³ El “abrazo de Charaña” y las relaciones chileno-bolivianas fueron seguidas con profunda intranquilidad por el Consejo de Ministros del Gobierno Revolucionario de las FFAA. Véase: Borradores de las Actas del Consejo de Ministros. Sesión del 5 noviembre 1974. Biblioteca de la PUCP, Lima.

para el País Altiplánico que volvió a romper relaciones diplomáticas en marzo de 1978.²⁴

A continuación, para Chile reaparece la cuestión atlántica, puesto que la relación con la Argentina vuelve a complicarse, en esta ocasión por el diferendo alrededor del canal del Beagle, en el Estrecho de Magallanes.²⁵ Por su parte, el Perú era gobernado por el general Francisco Morales Bermúdez, quien había dado marcha atrás de las medidas más audaces de Velasco. Pero, Morales siguió comprando armas en los Países tras la Cortina de Hierro. En esta ocasión, fue el turno de los aviones de combate, que fueron reemplazados por modelos soviéticos e incrementados en forma significativa.²⁶ Si tomamos en cuenta que Chile y Argentina estaban al borde de la guerra, se entiende claramente que en el Estado Mayor chileno se haya elaborado la hipótesis de guerra denominada HV3, asumiendo la posibilidad de conflicto bélico simultáneo con los tres vecinos a la vez.

En el curso de esta tercera etapa reaparecieron escenarios de conflicto como algo habitual en los Estados Mayores, provocando el resquebrajamiento de la confianza que se había sembrado. Aunque, posteriormente, los mandos militares han desarrollado mecanismos de consulta e intercambio, que han contribuido a disminuir las tensiones.

Por su parte, apenas se ingresó a este período, el Perú presentó por primera vez su reclamo para abrir discusiones alrededor de la frontera marítima. Corría el año 1987 y gobernaba el Perú el doctor Alan García, el joven líder del más antiguo partido político peruano, el APRA, que nunca antes había llegado al poder.

En ese contexto, el gobierno peruano envió al embajador Juan Miguel Bákula a presentar en la Cancillería chilena el pedido formal para abrir negociaciones acerca de la frontera en el mar.²⁷ Este pedido fue ignorado por Chile sosteniendo que no había necesidad de conversar el tema porque habría sido definido por los acuerdos de 1952 y 1954, que el Perú, por su parte, considera simplemente convenios pesqueros y no tratados internacionales de límites.²⁸

²⁴ La tesis para obtener el grado de Magíster en la Academia Diplomática del Perú de Natalia Navarro analiza las relaciones chileno-bolivianas sobre la cuestión del mar. NAVARRO, Natalia. *Política exterior chilena de 1975 a 2010 en torno a la aspiración de Bolivia por obtener acceso al mar*. Lima: Tesis de la Academia Diplomática del Perú, 2010.

²⁵ Un recuento de la apreciación de las tensiones con Argentina desde el punto de vista de Chile en: FERNANDOIS, Joaquín. *Mundo y fin del mundo: Chile en la política mundial, 1900-2004*. Santiago de Chile: Editorial Universidad de Chile, 2004.

²⁶ El historiador peruano Víctor Torres Laca evaluó las compras militares peruanas de los 1970 en su tesis para optar el grado de licenciatura en Historia. TORRES LACA, Víctor. *Las armas de la revolución: armamentismo durante el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada*. Lima: PUCP, 2008.

²⁷ Antes de su trascendental misión, el mismo embajador Bákula había puesto por escrito su postura al respecto. Véase: BÁKULA, Juan Miguel. *El dominio marítimo del Perú*. Lima: Fundación Manuel J. Bustamante La Fuente, 1985.

²⁸ El primer texto peruano que plantea el tema de la frontera marítima con Chile se debe al almirante Guillermo Faura. *El mar peruano y sus límites*. Lima: Amauta, 1977. Por su parte, la versión chilena de la cuestión del mar

Algunos años después, el Perú reiteraría su propuesta de abrir negociaciones para delimitar la frontera marítima y Chile volvería a ignorarla. Estas reiteradas negativas motivaron que la clase política peruana evalúe el tema concluyendo que lo mejor era trasladar el contencioso a la Corte Internacional de La Haya. Es decir, de acuerdo al razonamiento que logró consenso entre los políticos peruanos, ante la imposibilidad de negociar directamente con quien no desea hacerlo, solo queda acudir a la justicia internacional, ya que se busca evitar el conflicto y también la perpetuación del *status quo*.²⁹

Anteriormente, ambas naciones habían cerrado otro antiguo punto pendiente. En efecto, durante los noventa, primero en 1993 y luego en 1999, Chile y el Perú lograron entenderse alrededor de un asunto planteado en el Tratado de 1929 y que no se había resuelto aún. Se trataba del muelle en Arica y el edificio de la aduana, construidos por Chile en la bahía, para uso exclusivo del Perú. No obstante haber transcurrido seis décadas desde la suscripción del acuerdo, por diversas razones, que cada país achaca al otro, todavía no habían sido ejecutadas estas obras civiles que en realidad concluían la ejecución de lo acordado. Cuando se firmó la resolución de este pendiente, muchos ciudadanos pensaron que habían concluido definitivamente las diferencias entre ambas naciones. No era así, aún estaba abierta la diferencia sobre la frontera marítima, que ha terminado ventilándose en La Haya.³⁰

Por ello, la primera década del siglo XXI ha contemplado un movimiento que marcha en dos sentidos opuestos. Por un lado, tanto la economía de ambas naciones como sus poblaciones se han acercado notablemente. Así, las economías se han integrado como nunca antes; por ejemplo, las inversiones directas de Chile en Perú han superado los diez mil millones de dólares y las peruanas en Chile se acercan a una quinta parte. Por otro lado, la migración peruana ha sido bastante intensa y se ha concentrado en Santiago de Chile. Esta migración ha sido efectuada en forma libre y voluntaria por personas fundamentalmente de clase trabajadora y ha contribuido a cambiar las percepciones y estereotipos que funcionaban con facilidad en una época de aislamiento y escaso movimiento migratorio.

Por ello, las sociedades se hallan más cercanas que en el pasado, mientras los Estados han venido desarrollando un contencioso legal por un punto tan sensible como es la soberanía, en este caso sobre una porción del mar.³¹ Esperemos que la resolución en la Haya sea sabia y permita un clima de reconciliación y respeto mutuo entre ambos

en: LEYVA, Patricio (Editor). *Diálogos sobre La Haya: el límite marítimo entre Chile y el Perú*. Santiago de Chile: Universidad Miguel de Cervantes, 2010.

²⁹ Este parecer es desarrollado por: RODRÍGUEZ CUADROS, Manuel. *La soberanía marítima del Perú: la controversia entre el Perú y Chile*. Lima: Derrama Magisterial, 2010.

³⁰ El punto de vista peruano en: NOVAK, Fabián. *Las conversaciones entre Perú y Chile para la ejecución del Tratado de 1929*. Lima: Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) de la PUCP, 2000.

³¹ Un texto que contiene la posición del Partido Nacionalista se puede encontrar en el libro del congresista recientemente fallecido Juvenal Ordóñez. *De la Concordia a La Haya: hitos y relaciones entre Perú y Chile, una visión nacionalista*. Tacna: Ediciones Historia Presente, 2008.

países. En ese caso, el contencioso actual podría ser una nueva oportunidad, que imponga nuevamente el clima de cooperación y descarte la desconfianza redoblada por las hipótesis de guerra que asolaron a Sudamérica en los años setenta del siglo XX.

CAPÍTULO II

La guerra del Perú y Chile contra España: olvidos y recuerdos de una gesta común

La guerra del Perú y Chile contra España: olvidos y recuerdos de una gesta común

Daniel Parodi*

La mémoire n'est pas une façon de réveiller les
anciennes souffrances, mais, sans les oublier, *c'*
est une manière de faire la paix avec le passé.¹

Lionel Jospin

A ojos extraños podría parecer paradójico que la memoria de la Europa unida haya anidado en los campos de batalla de dos grandes guerras mundiales y que el apretón de mano entre Helmut Kohl y François Mitterrand en Verdún, en 1984, simbolice la amistad franco-alemana. Es así como terribles acontecimientos del pasado han mutado dramáticamente su sentido y se han convertido en un lugar de la memoria que acerca a las dos naciones que lideran el *Viejo Continente*.

Lugar de memoria al fin, entendido como lo entendía Pierre Nora: como el evento, vestigio, lugar o documento revestidos de un aura simbólica que lleva en su seno la esencia del recuerdo y que lo será en tanto se conmemore periódicamente. Es por ello que el homenaje que dos ex-mandatarios europeos le rindieron a los caídos en la batalla más sangrienta de la historia es ya, en sí mismo, un nuevo y poderoso lugar de la memoria.²

Del otro lado del mar, el Perú y Chile cuentan con una guerra librada en conjunto contra un tercero y en la que, además, se obtuvo la victoria. Sin embargo, más allá de alguna tímida mención a la participación conjunta en el conflicto, o de algún adorno floral al pie de un monumento, la Guerra con España no constituye un lugar de la memoria; al menos no uno cuyo contenido simbólico, al ser rememorado, evoque la solidaridad y la colaboración entre peruanos y chilenos.

El presente artículo busca responder la pregunta de por qué la Guerra del Perú y Chile contra España –en la que también participaron Ecuador y Bolivia– no se ha

* Master en Humanidades. Profesor de Historia en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

¹ En: *Revue internationale et stratégique*, 2002/2 n° 46, p.48: “La memoria no es una manera de despertar los antiguos sufrimientos, pero, sin olvidarlos, es una manera de hacer las paces con el pasado”. ROSOUX, Valérie. “Pièges et ressources de la mémoire dans les relations internationales”. (La traducción es nuestra).

² NORA, Pierre. “Entre Memoria e Historia: La problemática de los lugares”. En: NORA, Pierre (Dir.) *Les lieux de Mémoire*. París: Gallimard, 1984, pp.6-7.

URL: <<http://comisionporlamemoria.chaco.gov.ar/jovenesymemoria/documentos/pdf/21.pdf>>.

VAILLANT, Jérôme “La coopération franco-allemande à l'épreuve du traité de l'Élysée. Retour sur quarante ans d'attentes, de déceptions et de succès”. En: *Revue internationale et stratégique*, 2002/4, n° 48, p.29.

convertido en aquel potente lugar de la memoria que cimienta las relaciones bilaterales en los aspectos económico, político y social. Asimismo, analiza las circunstancias que la acercan y alejan de la oportunidad de convertirse en un hito histórico para la integración entre ambos países.³

1. Los discursos de la Guerra: Jorge Basadre y Manuel Barros

La enseñanza de la historia es algo muy delicado, pues debe administrar los símbolos y los relatos sobre los que se sostiene la solidaridad, pero cuidando que la lealtad no se convierta en sumisión, que la nación no se haga demasiado patria, que el sentimiento de pertenencia a una comunidad no convierta a los otros en enemigos, ni que el futuro se contemple como una prolongación del ser de una comunidad mítica recibida y transcendente, sino que esté abierto a nuevas posibilidades de ser del “nosotros” en el que nos incluimos.⁴

Debo confesar que la elección de Jorge Basadre y Manuel Barros para indagar los discursos peruano y chileno sobre la Guerra con España fue casi arbitraria; se trata de dos textos de los años setenta del siglo XX, son dos historias generales cuyo lazo en común es que contienen el discurso oficial de cada país. Una atañe el devenir republicano del Perú y la otra las relaciones internacionales del Chile independiente.

Es por ello que debo advertir que en estas líneas no ansío realizar un balance historiográfico sobre la temática en cuestión. Lo que pretendo, más bien, es identificar los soportes meta-textuales de los relatos seleccionados, así como los asideros ideológico y filosófico que sostienen, en los textos, el discurso de la alteridad entre las dos naciones recreadas. Desde esa perspectiva indagaré como representan Basadre y Barros al país propio y al aliado.

Nuestra pesquisa remite a lo que Pierre Nora ha llamado *edad de la historiografía*. Tal parece que en la actualidad el historiador ha dejado de ser aquel gran “hacedor” de la historia, aquel sabedor erudito y conocedor enciclopédico de lo acontecido. El historiador contemporáneo ha trascendido su labor artesanal y se ha detenido a contemplar los procedimientos que emplea en su acercamiento al pasado. Estudia también las tradiciones en cuya invención participó, así como el método aplicado en su acto creativo.⁵ Adicionalmente, lo entusiasma descifrar las improntas temporales y filosóficas que inspiran su producción intelectual.

En esa línea, es claro que los textos de Basadre y Barros están encuadrados dentro de una marcada lógica nacionalista. Por ello resaltan reiteradamente lo propio en desmedro de lo ajeno. Al contrario, ninguno de los relatos relievra el éxito de la

³ De la Guerra con España participaron varios países además del Perú y Chile. Lo hicieron España, Bolivia y Ecuador. Sin embargo, el presente ensayo analiza sólo el conflicto de interpretaciones que se desprende de las posiciones historiográficas de los dos primeros.

⁴ CARRETERO, Mario (Comp.). *Enseñanza de la historia y memoria colectiva*. Buenos Aires: Paidós, 2006, p.26.

⁵ NORA, Pierre. *Ob. cit.*, p.6

empresa acometida en conjunto. Diese la impresión, de que se tratase de dos personajes bastante incómodos con el hecho de haber discurrido juntos –y auspiciosamente– en algún lugar y momento de su pasado.

1.1. Jorge Basadre

Jorge Basadre cuestiona la actitud fría del gobierno de Chile ante la ocupación española de las islas de Chincha, aunque la contrasta con la adhesión espontánea de la opinión pública y prensa de este país a la causa del Perú. Resalta, más bien, los aparentes errores del ministro chileno Hurtado en las gestiones que interpuso ante Hernández Pinzón, jefe de la escuadra invasora. Para el autor peruano, un error de interpretación del referido diplomático forzó la firma del tratado Vivanco-Pareja y obligó al pago de tres millones de pesos a España.

[...] Es un hecho que, más tarde, el rechazo de la gestión de Hurtado sirvió de pretexto para obligar al Perú en el tratado Vivanco-Pareja a pagar una indemnización de tres millones.⁶

Además, Basadre cuestiona la interpretación que el diplomático chileno Domingo Santa María hizo de las gestiones que realizó en Lima para lograr la adhesión peruana a Chile, luego de la declaratoria de guerra de éste a España. Según Basadre, Santa María se ufana sin razón de ser el promotor del respaldo peruano a su país, el que habría respondido, más bien, a consideraciones de tipo militar y geopolítico.⁷

Basadre también confronta al historiador chileno Gonzalo Bulnes, quien sostiene que la adquisición de los blindados Huáscar e Independencia, en tiempos de la Guerra con España, respondió al propósito peruano de obtener la supremacía naval en el Pacífico sudamericano. Basadre lo replica con el argumento de que dichas compras se realizaron con apresuramiento y con la finalidad de potenciar la defensa nacional frente a la agresión española.⁸

Al contrario, Basadre destaca la lealtad peruana hacia Chile y resalta la suscripción del tratado de la alianza defensiva-ofensiva de diciembre de 1865, así como el decreto de enero de 1866, en el que el gobierno peruano hizo “[...] suya la cuestión que ese gobierno –*el español*– ha promovido a Chile [...]”.⁹

1.2. Manuel Barros

Por su parte, Manuel Barros encuadra su relato bajo la premisa de la superioridad política, social y económica de Chile frente a sus vecinos de América del Sur. Así,

⁶ BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú*. 7ma. Edición. Lima: Editorial Universitaria, 1983, cap. XXXIV p. 154.

⁷ BASADRE, Jorge. *Ob. cit.*, cap. XXXVI, p.209.

⁸ BASADRE, Jorge. *Ob. cit.*, cap. XXXVII, pp.230 y 231.

⁹ BASADRE, Jorge. *Ob. cit.*, cap. XXXVI, p.209.

antepone el orden y progreso chilenos a la situación de los demás estados de la región. Además, destaca el coraje de la *raza* chilena ante desafíos militares. Señala también que gracias al eficiente manejo de sus finanzas “[...] Chile era considerado como una nación digna de tratar con las europeas”.¹⁰

Sin embargo, Barros se muestra muy crítico de la gestión presidencial de José Joaquín Pérez a quien cuestiona su debilidad y falta de liderazgo. Fustiga también la postura americanista que entonces adoptó un grupo de intelectuales chilenos, entre los que se cuenta a Manuel Antonio Matta y José Victorino Lastarria, al que acusa de haber sido “más papistas que el Papa” cuando surgió la cuestión entre el Perú y España. En general, Barros desliza la idea de que la clase dirigente chilena se dejó llevar por la pasión ideológica y que de ello se obtuvo como resultado que su país “pagase con los platos rotos” del conflicto.

Respecto de los demás estados de la región, Barros sostiene que envidiaban la mejor situación de Chile; en particular, señala que el Perú “[...] se revolvió angustiado en su impotencia y miraba con ira la ventaja que Chile le iba tomando”.¹¹ Añade el autor que el Perú no correspondió adecuadamente los protestos de lealtad chilenos y que, más bien, fue desagradecido con su país.¹²

Este sentimiento fue muy vivo en Perú y Argentina. Ambas naciones habían sido virreynatos y se consideraban llamadas a papeles rectores. Al choque psicológico se unía el desdén. Ambos países no ocultaban un cierto menosprecio por el retraído carácter chileno.¹³

Finalmente, Barros sintoniza con el discurso del historiador Gonzalo Bulnes y sostiene que la secuela más perniciosa de la guerra de 1864-1866 fue que “[...] convirtió al Perú en la primera potencia naval del Pacífico y en el héroe americano frente a España”.¹⁴

2. La sombra de la otra Guerra

Desde siempre supieron los historiadores que la historia se construye desde la perspectiva del presente, que el viaje que el historiador emprende hacia el pasado no concluye allí. Sino que regresa necesariamente al punto de partida, que sus elaboradas construcciones teóricas encaminadas a dar cuenta de lo ocurrido carecen de valor si nada dicen a los hombres de hoy.¹⁵

¹⁰ BARROS, Mario. *Ob. cit.*, p.207.

¹¹ BARROS, Mario. *Historia diplomática de Chile (1541-1938)*. Barcelona: ediciones Ariel, 1970, p.206.

¹² Para toda la sección, véase: BARROS, Mario. *Ob. cit.*, pp.206 y 207.

¹³ BARROS, Mario. *Ob. cit.*, p.206.

¹⁴ BARROS, Mario. *Ob. cit.*, p.231.

¹⁵ CRUZ, Manuel. “El pasado en la época de su reproductibilidad técnica”. En: *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós, 2002, p. 10.

La predicción del pasado es una tentación en la que los historiadores caemos con mucha frecuencia. A través de ella tendemos a echar sombras sobre algunos acontecimientos de la historia a la luz de sus resultados, los que nosotros conocemos, pero ignoraban sus protagonistas. Todo esto nos lleva a una vieja discusión de filosofía de la historia: ¿desde qué tiempo y lugar escribe el historiador? ¿Se trata de un humanista que recupera el pasado sin más y se lo presenta a la colectividad del presente? ¿O son las preguntas y requerimientos de su particular actualidad los que definen los contenidos de su relato?

Así pues, nos encontramos frente a una provocativa paradoja. La Guerra con España tuvo lugar quince años antes que la del Pacífico, pero los historiadores –los dos que hemos escrutado– discurrieron temporalmente después de ambas y se ven más influenciados por la segunda que representa no sólo un punto de quiebre en las relaciones diplomáticas entre el Perú y Chile, sino también entre sus visiones historiográficas. De allí se desprenden los sendos ninguneo y suspicacia que definen la alteridad proyectada por los textos sujetos a nuestra pesquisa.

De esta manera, el conflicto del 79 se yergue como la sombra que oscurece la rememoración de la Guerra con España. Pareciese que luego de aquel, las historiografías del Perú y Chile hubiesen decidido no entenderse más y privarse de la satisfacción de celebrar un acontecimiento en el cual –más allá de las comprensibles diferencias de interpretación– primaron la colaboración y la solidaridad bilaterales.

Si los relatos que hemos revisado se niegan a iluminar aquella antigua y victoriosa alianza, tampoco la alumbran suficientemente los manuales escolares y las conmemoraciones oficiales y es por ello que la Guerra con España se obtura ante el recuerdo de la otra; de aquella que sí es un lugar de la memoria que hasta ahora distancia al Perú de Chile y viceversa.¹⁶

3. La reconciliación con el pasado¹⁷

Au lendemain d'un conflit, nul ne peut oublier les heurts vu la profondeur des séquelles qu'ils ont engendrées. Les blessures sont à vif, les victimes à peine enterrées, le pays souvent dévasté. Mais si les protagonistes ne peuvent oublier, ils peuvent adopter trois types d'attitudes à l'égard du passé. Ils peuvent tout d'abord accentuer, voire survaloriser le souvenir de l'affrontement. Ils peuvent, inversement, avoir tendance à dissimuler ou minimiser l'événement. Ils peuvent

¹⁶ Para el análisis de la narración de la Guerra del Pacífico que presentan los manuales escolares chilenos y peruanos, véase: PARODI REVOREDO, Daniel. *Lo que dicen de nosotros. La Guerra del Pacífico en la historiografía y textos escolares chilenos*. Lima: Fondo Editorial UPC, 2010. PARODI REVOREDO, Daniel. "La república frustrada y el enemigo perverso: la Guerra del Pacífico en la Historia de la República del Perú de Jorge Basadre". *Summa Humanitatis*. Vol. 4, N.1, 2010.

¹⁷ Para toda la sección., véase: ROSOUX, Valérie. *Ob. cit.*, pp. 45-50.

enfin s'engager dans un « travail de mémoire qui ne relève ni de la survalorisation, ni de l'oblitération.¹⁸

Para Valérie Rosoux —especialista francesa en procesos de reconciliación internacionales aplicados entre países que experimentaron el trauma de una guerra— es imposible olvidar los eventos traumáticos que enfrentaron a dos o más colectividades en su pasado. Más bien, sostiene que existen tres actitudes que pueden adoptarse frente a una historia dolorosa:

La primera es la exageración de los hechos, lo que acarrea la excesiva victimización y la adopción de una actitud nihilista que supone la invasión del presente por el pasado. En estos casos no existe una separación entre ambas dimensiones temporales sino una solución de continuidad entre las dos. Por ello, la historia parece condenada a repetirse una y otra vez, y el sufrimiento no termina jamás.

La segunda, que yo llamo *expediente del olvido*, pretende una deliberada e imposible amnesia frente a lo vivido. Las versiones históricas que adoptan esta posición tienden a minimizar los eventos traumáticos y a darlos por concluidos, en el entendido de que el tiempo, per se, cerrará las heridas. Dentro de esta opción, la postura más radical es la del *negacionismo*, la que silencia el pasado doloroso y evade su discusión. Para Rosoux, tal es el caso de Japón:

Plutôt que de mettre en exergue le passé conflictuel, les représentants officiels peuvent choisir de le passer sous silence. L'attitude des autorités japonaises à l'égard des pages les plus sombres du passé national est significative à cet égard. [...] Il est néanmoins accusé de trois crimes majeurs: le sac de Nankin en 1937, au cours duquel furent massacrés plusieurs centaines de milliers de Chinois; l'affaire des « femmes de réconfort » contraintes de se prostituer pour l'armée impériale [...].¹⁹

La tercera, que Valerie Rosoux denomina “trabajo de la memoria”, se opone a la sobrevaloración del pasado, que tiende a imponer una única y reivindicativa versión de aquel, y a los *expedientes del olvido*, tan renuentes a releer la historia desde perspectivas más contemporáneas y colaborativas.

¹⁸ ROSOUX, Valérie. *Ob. cit.*, p. 45: “Cuando un conflicto concluye es inútil intentar olvidar los enfrentamientos debido a las secuelas que han engendrado. Las heridas están en carne viva, los muertos recién enterrados y el país, muchas veces, devastado. Pero si los protagonistas no pueden olvidar, sí pueden adoptar tres tipos de actitudes respecto del pasado. Pueden, en primer lugar, acentuar, sobrevalorar el recuerdo del enfrentamiento. Pueden, al contrario, tender a disimular o minimizar el evento. Y pueden, en fin, participar en un trabajo de la memoria que no relieve ni la sobrevaloración ni el olvido”. (La traducción es nuestra)

¹⁹ ROSOUX, Valérie. *Ob. cit.*, p. 48: “Antes que poner de relieve el pasado conflictivo, los representantes oficiales pueden elegir silenciarlo. La actitud de las autoridades japonesas acerca de las páginas más sombrías de su pasado nacional es significativa. [...] Japón es acusado al menos de tres crímenes mayores: le “sac de Nankin” en 1937, en cuyo transcurso fueron masacrados varias centenas de miles de chinos, el “affaire” de las “mujeres de consuelo” obligadas a prostituirse para la armada imperial [...]”. (La traducción es nuestra.)

Para la referida autora, el “trabajo de la memoria” admite que entre dos países que sostuvieron un enfrentamiento traumático en el pasado es inevitable un conflicto de interpretaciones. Desde esa perspectiva, propone, en lugar de la confrontación, la aceptación de la pluralidad de versiones en toda su complejidad y con todas sus contradicciones.

Sostiene, en la misma línea, que aunque el pasado puede factualmente ser uno solo, se revela diverso en la manera como lo experimentó cada parte involucrada, lo que explica la existencia de narraciones divergentes. Aceptado ello, una relectura del pasado es posible si las partes involucradas así lo desean. Este es el caso de Francia y Alemania, el que -no obstante- no es el único pues también están en curso procesos de la reconciliación entre alemanes y checos; franceses y argelinos, etc.

Ciertamente, un trabajo como el propuesto implica la ruptura con una visión cerradamente nacionalista de la historia, tan en boga durante el siglo XIX, y que en ciertos escenarios –como el nuestro– goza de plena vigencia y aceptación. Aquella posición se nutre del positivismo histórico que pretende establecer la verdad del pasado a través del dato específico o la disquisición jurídica. Alternativamente, creemos que se trata de incluir una variedad de temáticas en la narración y descubrir la dimensión caleidoscópica de la historia, para aprehenderla en la simultaneidad de sus diversas interpretaciones.

Un ejemplo en tal sentido es el manual de historia franco-alemán que vio la luz la primavera de 2006. La iniciativa para la escritura del compendio binacional surgió de los jóvenes de ambos países, reunidos en 2003 con motivo de la conmemoración de los 40 años del tratado del Eliseo.²⁰ Dicho material educativo no es el único que circula en el mercado, ni pretende serlo, solo una editorial lo comercializa y compete con otras dentro de una lógica de mercado. Más bien, se trata de una opción por la que pueden optar los centros de educación secundaria a una y otra orilla del Rin, y cuyas premisas fundamentales son la comparación, la relativización y la alturada confrontación entre diferentes versiones del pasado.²¹

4. A manera de conclusión

Hace un lustro organicé en Lima, con la Pontificia Universidad Católica del Perú, un encuentro de historiadores peruano-chileno que tuve la temeridad de llamar *Por una historia en común*. Más allá de la reacción incandescente de algún vocero de la prensa local, tras muchas deliberaciones los participantes de un país y del otro llegaron a la misma conclusión: “la historia en común entre el Perú y Chile es imposible”.

²⁰ MONNET, Pierre. “Un manuel d'histoire franco-allemand”. En: *Revue historique*, 2006/2, n° 638, p.410. PARODI REVOREDO, Daniel. ““Entre el “dolor de la amputación” y el “complejo de Adán”: imaginarios peruanos y chilenos de la Guerra del Pacífico”. En: ROSAS LAURO, Claudia (Editora). *El odio y el perdón en el Perú. Siglos XVI a XXI*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009, pp. 169-180.

²¹ MONNET, Pierre. *Ob. cit.*, pp. 411 y 412.

Ciertamente, el caso peruano-chileno no es similar al europeo, ni en específico al franco-alemán, ni a ninguno otro de los que he mencionado en estas breves líneas. Quizá el principal legado de la Europa unida es que si ha avanzado enormemente en los procesos de reconciliación entre colectividades distanciadas por conflictos del pasado es porque así lo quiso.

En Europa, la aún vigente era de la memoria y de la reconciliación es el resultado de la firme voluntad de sus máximos representantes, la que se puso en manifiesto a partir de la década de 1950. Europa tiene un proyecto y la reconciliación con el pasado, para sus miembros, responde al denominador común de consolidar la Unión.²²

Por su parte, el legado alemán consiste en las políticas de perdón tendidas hacia las colectividades que sufrieron la invasión nazi durante la Segunda Guerra Mundial y que supuso el reconocimiento del terrible daño que deja como secuela una ocupación militar. Así, el perjuicio infligido a las colectividades peruana y boliviana, cuyo territorio fue invadido durante la Guerra del Pacífico, debe ser valorado por la parte chilena, pues la reconciliación con el pasado pasa necesariamente por la recuperación de sus traumas para luego superarlos.

Alguna vez escuché decir que las políticas internacionales del Perú y de Chile eran mucho menos concesivas la una con la otra, que con cualquier otro Estado de la región, del hemisferio o del planeta. Es por ello que debemos escuchar las voces que nos vienen del pasado²³ y dialogar abiertamente con ellas para que sus próximas palabras nos suenen menos a gemidos y más a esperanzas. Todos los acontecimientos de nuestra historia en común, desde el más favorable hasta el más doloroso, pueden sostener la reconciliación si remiten a un proyecto de integración mayor, concertado por las partes. De lo contrario, seguiremos llevando a cuestas las toneladas de pasado que bloquean el camino del presente.

²² BOSSUAT, Gérard. “Des lieux de mémoire pour l'Europe unie”. En: *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*. N°61, enero-marzo de 1999, pp. 56-69.

²³ A propósito del sugerente título de la compilación de: JOUTARD, Philippe. *Ces voix qui nous viennent du passé*. París: Gallimard, 1983.

BIBLIOGRAFÍA

- BARROS, Mario. *Historia diplomática de Chile (1541-1938)*. Barcelona: Ediciones Ariel, 1970.
- BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú*. 7ma. Edición. Lima: Editorial Universitaria, 1983.
- BAZIN, Anne. “Les résurgences du passé”. En: *Le Courrier des pays de l'Est*, 2005/3, n° 1049, pp. 42-52.
- BERTRAM, Christoph, “Réconcilier la France avec elle-même”. En: *Revue internationale et stratégique*, 2002/1, n° 45, pp. 81-85.
- BOSSUAT, Gérard. “Des lieux de mémoire pour l'Europe unie”. En: *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, n° 61, enero-marzo de 1999, pp. 56-69.
- CARRETERO, Mario (Comp.) *Enseñanza de la historia y memoria colectiva*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- CRUZ, Manuel. “El pasado en la época de su reproductibilidad técnica”. En: *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós, 2002.
- ÉTIENNE, François. “Le manuel franco-allemand d'histoire: Une entreprise inédite” *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*, 2007/2, n° 94, pp. 73-86.
- JOUTARD, Philippe. *Ces voix qui nous viennent du passé*. París : Gallimard, 1983.
- MASSERET, Olivier. “La France reconnaît le génocide arménien de 1915: loi pour la mémoire ou geste diplomatique? *Confluences Méditerranées*, 2001/4, n° 39, pp. 141-152.
- MONNET, Pierre. “Un manuel d'histoire franco-allemand”. En: *Revue historique*, 2006/2, n° 638, pp. 409-422.
- NORA, Pierre. “Entre Memoria e Historia: La problemática de los lugares”. En: NORA, Pierre (Dir.) *Les lieux de Mémoire*. París: Gallimard, 1984. URL: <<http://comisionporlamemoria.chaco.gov.ar/jovenesymemoria/documentos/pdf/21.pdf>>.

- NOVACKA, Monika “La communauté de conflit germano-polonaise”. *Bulletin de l'Institut Pierre Renouvin*, 2007/1, enero-diciembre de 2003, n° 25, pp. 71-83.
- OSMONT, Matthieu, “René Cheval (1918-1986), itinéraire d'un médiateur franco-allemand”. En: *Relations internationales*, 2006/2, n° 126, pp. 31-49.
- PARODI REVOREDO, Daniel. *Lo que dicen de nosotros. La Guerra del Pacífico en la historiografía y textos escolares chilenos*. Lima: Fondo Editorial UPC, 2010.
- PARODI REVOREDO, Daniel. ““Entre el "dolor de la amputación" y el "complejo de Adán": imaginarios peruanos y chilenos de la Guerra del Pacífico”. En: ROSAS LAURO, Claudia (Editora). *El odio y el perdón en el Perú. Siglos XVI a XXI*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009, pp. 169-180.
- PARODI REVOREDO, Daniel. “La república frustrada y el enemigo perverso: la Guerra del Pacífico en la Historia de la República del Perú de Jorge Basadre”. *Summa Humanitatis*. Vol. 4, n° 1, 2010.
- ROSOUX, Valérie. “Introduction: Négociation et réconciliation”. En: *Négociations*, 2008/1, n° 9, pp. 7-11.
- ROSOUX, Valérie. “Pièges et ressources de la mémoire dans les relations internationales”. En: *Revue internationale et stratégique*, 2002/2, n° 46, pp. 43-50.
- STORA, Benjamin “Avant-propos. L'internationalisation des guerres et de la réconciliation des mémoires”. En: *Politique étrangère*, 2007/2 verano, pp. 310-312.
- VAILLANT, Jérôme “La coopération franco-allemande à l'épreuve du traité de l'Élysée. Retour sur quarante ans d'attentes, de déceptions et de succès”. En: *Revue internationale et stratégique*, 2002/4, n° 48, pp. 23-30.
- VIDAL-NAQUET, Pierre Memoria e Historia: En: *Los judíos, la memoria y el presente*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1996, pp.15-22.
URL:
<<http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/Vidal%20Naquet.pdf>>.
- WATZAL, Ludwig. “France-Allemagne: dilemme du couple ou aporie de la construction européenne”. En: *Outre-Terre*, 2003/2, n° 3, pp. 229-233.

CAPÍTULO III

Una mirada regional a las relaciones entre Perú y Chile. Tres momentos de solidaridad en Tarapacá (1872-1907)

Una mirada regional a las relaciones entre Perú y Chile. Tres momentos de solidaridad en Tarapacá (1872-1907)

Sergio González Miranda*

I. Introducción

Las regiones no solo son parte de un determinado Estado-nacional, también tienen identidad propia y proyectos de sociedad. Las regiones fronterizas suelen tener identidades más claramente diferenciadas con relación al resto del país, debido principalmente por la influencia de elementos culturales de transfrontera. Desde la región fronteriza es posible tener una perspectiva del mundo que, a veces, no necesariamente coincide con los intereses de los Gobiernos centrales, surgiendo lo que algunos autores denominan “fronterización”. La fronterización es, como señala Socorro Ramírez, siguiendo a Grimson, un proceso histórico donde “las fronteras deben ser entendidas y construidas por los poderes centrales y por las poblaciones locales. Todos estos procesos no son uniformes. Tienen desarrollos desiguales y de ninguna manera unidireccionales”.¹ Las fronteras son reestructuradas y resignificadas, aunque siempre restringidas a un balance entre las fuerzas locales y las del estado-nación”.² Bob Jessop nos recuerda que existen “escalas sobre las cuales ocurren intentos de reestructurar relaciones económicas, políticas y sociales” (entre Estados-nacionales y entre estos y sus regiones).³ Podríamos señalar que para el caso latinoamericano desde que el estado-nación se consolida, entre el siglo diecinueve y el veinte, esa escala ha sido dominante en la organización económica y política del ordenamiento territorial de los países.

Es por lo anterior, que para las regiones de frontera ha sido especialmente difícil visibilizar a niveles nacional e internacional sus intereses, sus sentimientos y su perspectiva del mundo. Con los cambios que se han estado viviendo en el planeta a partir de la caída del muro de Berlín y de los fenómenos asociados a la globalización, las regiones han comenzado a ser vistas como territorios con identidad y proyectos propios. Sin embargo, durante el siglo diecinueve e inicios del veinte, cuando los

* Sociólogo, magíster en Planificación del desarrollo regional, Doctor en Educación y Doctor en Estudios Americanos con mención en Relaciones Internacionales.

¹ RAMÍREZ, Socorro. “Las zonas de integración fronteriza: desafíos de la Comunidad Andina y Suramericana”. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2003, pp.51-95.

² GUDYNAS, Eduardo. 2007. “El mapa entre la integración regional y las zonas de frontera en la nueva globalización”. La Paz: *Revista MAPiensa*, N° 1, 2007, p. 3.

³ JESSOP, Bob. “La economía política de la escala y la construcción de las regiones transfronterizas”. En: *Revista EURE*, mayo vol.30, N° 89, Santiago, 2004, p.26.

estados-nacionales estaban en formación, las tensiones entre la escala regional y la nacional, generalmente se resolvieron a favor de esta última.

Este trabajo trata sobre la región de Tarapacá, que en su pasado decimonónico perteneció a la república del Perú y, a partir del último tercio de ese siglo, a la república de Chile. Tarapacá, si bien desde 1929 y hasta 2007 se le incorporó la antigua provincia de Arica, su frontera norte, la quebrada y río Camarones, tiene antecedentes coloniales.⁴ Fue también la más importante región salitrera desde que este producto dominó el mercado internacional de los fertilizantes, en la década de 1870, y hasta la Primera Guerra Mundial, periodo que se ha conocido como el ciclo de expansión del nitrato. Identificamos tres momentos donde la población de Tarapacá, sus élites empresarial y obrera, enfrentó a los Gobiernos centrales (peruano y chileno) y sus políticas públicas.

a°. El primer momento se ubica entre 1872 y 1876 y se refiere a la resistencia de los tarapaqueños a la política salitrera del presidente peruano Manuel Pardo, quien intentó la creación de un estanco, primero, y una nacionalización del salitre, después, con el propósito de alcanzar el monopolio del producto. En dicha resistencia los empresarios salitreros de Tarapacá, tanto peruanos como extranjeros, donde estaban también chilenos, se enfrentaron a los intereses del “círculo” civilista, liderado por los banqueros limeños. Esos grupos limeños formaban clubes sociales, donde se expresaban los “independientes”, Valentín Paniagua señala que era un “eufemismo detrás del cual se esbozaban los intentos de organización político-partidista”,⁵ donde Pardo tuvo un papel relevante en la organización del Partido Civil, que le llevaría al poder. Este Partido estaba integrado, nos dice Mücke, por “hacendados, banqueros, comerciantes, periodistas, oficiales de la marina y ejército, y artesanos exitosos”, es decir, además de la oligarquía tradicional se sumaba una plutocracia emergente.⁶ El proyecto político de Pardo tuvo esa capacidad de reunir a sectores muy diversos, incluso Carmen Mc Evoy habla de un “ciudadano imaginado”, que incluía sectores populares, cuya “vanguardia” estaría en los sectores medios.⁷ Sin embargo, Pardo, como banquero, tenía un círculo más estrecho que era su referente político y económico inmediato.

Guillermo Billinghurst, le denomina a este grupo “el círculo”, que era notoriamente la elite financiera limeña. Según Carmen Mc Evoy, se autodenominaban “los decentes”⁸ y eran el poder real de la economía peruana. Sin embargo, el rasgo nacionalista de

⁴ HIDALGO, Jorge y Alan DURSTON. “Reconstrucción étnica colonial en la sierra de Arica: el cacicazgo de Codpa, 1650-1780”. En: *Historia Andina en Chile*. Santiago: Editorial universitaria, cap. XXIII, 2004.

⁵ PANIAGUA, Valentín. *Manuel Pardo y el partido Civil. Apogeo y crisis del primer partido político en el Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2009, p.79.

⁶ MÜCKE, Ulrich. “Elecciones y participación política en el Perú del siglo XIX: la campaña presidencial de 1871-72”. En: *Investigaciones Sociales*, año VIII, N° 12, Lima, UNMSM, 2004, pp.133-166.

⁷ MC EVOY, Carmen. *La Utopía Republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1997, p.88.

⁸ *Ibidem*, p.202.

este círculo no estaba del todo cerrado, pues vemos como la firma inglesa la Casa Gibbs y Cia., que se había beneficiado del monopolio del guano, parecía hacerlo también del monopolio del nitrato con la anuencia de este grupo y bajo el amparo de la política salitrera de Pardo.

Los industriales salitreros de Tarapacá, peruanos y extranjeros, desconfiaron de dicho círculo y resistieron la política salitrera del Gobierno, para evitar que sus esfuerzos de medio siglo terminaran en las mismas manos de quienes habían endeudado el fisco del Perú en el marco de la economía del guano, aunque ahora estuvieran ocultos detrás del discurso de un nuevo Estado y de un proyecto nacional, bajo el liderazgo de Manuel Pardo.

En síntesis, tanto la ley del estanco salitrero del 18 de enero de 1873 hasta la ley de nacionalización de la industria salitrera de 28 de marzo de 1875, provocaron la ruina de muchos industriales, especialmente pequeños, perjudicó y benefició a algunas grandes compañías, donde la Casa Gibbs y Cía. fue notoriamente recompensada. Salitreros tarapaqueños peruanos y chilenos estaban en la lista de los más afectados por esta política que pretendía arrebatar desde las manos de quienes desde 1810 habían iniciado la exploración del desierto, la instalación de las primeras paradas salitreras y logrado su exportación, después de varios intentos frustrados. La política salitrera de Pardo se impuso con una lógica *ad baculum*.

Un ejemplo muy interesante nos relata Guillermo Billinghurst y que describe el problema planteado, a saber: la salitrera Salar de la Noria, fue una de las oficinas expropiadas por el Gobierno peruano, a través de sus agentes en la provincia: el inspector de oficinas Robert Harvey, Florentino Lira el comisario del Cantón de la Noria (muy próximo al puerto de Iquique) y el presidente de los Bancos Asociados (entidad beneficiada por la política expropiatoria de Pardo), Carlos Gallagher. En septiembre de 1877 se clausuraron por medio de la fuerza pública oficinas en plena elaboración como Huara, Rosario I, Rosario II, Chiginquiray, San Francisco de Velásquez, San Francisco de Llona, San Francisco de Leño, Paccha, Santa María, San Juan, Libertad, Santa Clara, Resbalón, Carmen, Descanso.⁹ Es decir, no estaban paralizadas o en despueble, lo que hubiese permitido por ley no solo la expropiación sino que pasaran a propiedad del fisco. Entre ellas, estaba Salar de la Noria. Lo interesante es que su dueño, Daniel Oliva, chileno, quien sería conocido como salitrero pionero del Cantón de Taltal, recurrió a la justicia denunciando lo que habría sido un despojo por parte de estos agentes del Gobierno. Los testigos que presentó Oliva fueron principalmente peruanos tarapaqueños para demostrar que su salitrera no estaba paralizada, entre ellos el iquiqueño Alfonso Ugarte. El juez de letras le dio la razón al salitrero, calificando a Florentino Lira y Robert Harvey como despojadores, ordenando la restitución de salitrera.

⁹ BILLINGHURST, Guillermo. *Legislación sobre salitre y bórax*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1903, p.120.

Oliva vendería en noviembre de 1877 Salar de la Noria precisamente a Alfonso Ugarte, quien no se salvaría de la ley de expropiación y tendrá que traspasarla al Gobierno peruano en marzo de 1878, bajo la presidencia de Prado. Recordemos que este despojado salitrero peruano-tarapaqueño fue héroe de la Guerra del Pacífico en la batalla por el Morro de Arica.

Guillermo Billinghurst nos recuerda que, con excepción de don Jorge Smith, inglés, quienes iniciaron la explotación del salitre en Tarapacá fueron todos peruanos tarapaqueños. Tuvieron estos una plena libertad de trabajo en la aventura de descubrir el caliche, elaborarlo y exportarlo, especialmente durante los gobiernos del tarapaqueño Ramón Castilla Marquesado. Un punto de inflexión fue cuando el químico chileno Pedro Gamboni, logró aplicar vapor en la lixiviación del caliche, reemplazando de ese modo las antiguas paradas a fuego directo por el sistema a vapor o máquina. Los casos de Smith y Gamboni, son dos ejemplos de empresarios que a partir de esfuerzo personal y persistencia lograron levantar sus industrias, como lo fue una gran mayoría de los empresarios salitreros de esa etapa fundacional. Fue la Banca chilena la que dio apoyo a muchos de estos emprendedores que estuvieron dispuestos a desafiar al desierto, enfrentados a una fácil ruina y a un siempre difícil éxito.

Posiblemente, una de las colisiones más interesantes entre un proyecto de desarrollo nacional y un proyecto de desarrollo regional, donde se enfrentaron grupos empresariales capitalinos y grupos de empresarios locales en alianza con empresarios extranjeros, fue aquella que se efectuó en torno a la riqueza del nitrato de Tarapacá, durante el Gobierno de Manuel Pardo.

La lucha que emprendieron los empresarios salitreros de Tarapacá, que entonces se vio con simpatía por la sociedad peruana y con molestia por los Gobiernos de Pardo y Prado, y los círculos de sus partidarios, es lo que hoy podríamos definir como un movimiento social de una región inteligente,¹⁰ que solo pretendía llevar adelante un proyecto político de desarrollo en base a una industria sustentada en un recurso regional.

Billinghurst entonces se preguntaba: “veremos al Gobierno de la República arruinando un floreciente departamento y sumiendo en la miseria a centenares de familias, ¿para conseguir qué?”¹¹ Y continuaba preguntándose, ¿se cree haber evitado así la cacareada competencia del salitre al guano?

Hacia 1876 los empresarios salitreros que tenían mayor inversión en la industria salitrera eran peruanos, por añadidura: tarapaqueños, con un 53%, los capitales chilenos un 17,9%, ingleses un 14,3%, alemanes un 7,6%, entre otros. Terminada la

¹⁰ BOISIER, Sergio. “Desarrollo territorial a partir de la construcción de capital sinérgico”. En: *Estudios Sociales*, N° 99, Santiago de Chile, C.P.U., 1999, pp.27-40.

¹¹ BILLINGHURST, Guillermo. *Rápida ojeada sobre la Cuestión Salitre*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1875, p.43.

Guerra del Pacífico subiría el capital inglés a un 34% y en la década siguiente sobre el 50%, a costa de la venta de empresas de tarapaqueños y de chilenos, como resultado de la política de plena libertad empresarial ahora del Gobierno de Chile que favoreció la especulación.

A pesar de esa derrota en la industria del nitrato, no acabaría aquí ese movimiento regional tarapaqueño, que habrá de enfrentarse ahora con otro Estado Central y otros círculos del poder, ya no de Lima sino de Santiago, cabe rescatar solo un fragmento de un documento fechado 22 de junio de 1902 y titulado “Petición de los vecinos de Iquique al Supremo Gobierno sobre el ferrocarril a Bolivia”, se afirma lo siguiente: “[...] jamás por jamás se ha hecho nada por ella (región) hasta el punto de que ni siquiera se ha construido un muelle para poder desembarcar sin peligro; sin embargo, van transcurridos más de 20 años desde la ocupación [...]”.¹² Por cierto, el señalado ferrocarril jamás se construyó; en 1928 se realizó el último esfuerzo regional por conseguir su construcción. La élite iquiqueña, representada en la Asamblea Municipal y personificada en el alcalde Enrique Brenner, le propuso al General en retiro y escritor Carlos Harms Espejo que “publicara un folleto con las principales razones que aconsejaran esta construcción ferroviaria”.¹³ Este trabajo se transformaría en un libro editado en Santiago por la imprenta *La Ilustración* en 1930 y titulado “Los grandes problemas de la zona norte de Chile”, donde se solicita con sólidos argumentos la necesidad de un ferrocarril trasandino que uniera el continente con el litoral.

bº. El segundo momento aborda la política pública chilena en Tarapacá a partir de 1880, que privilegió la libertad económica, favoreciendo al capital salitrero inglés, en desmedro de los capitales peruano y chileno. Sin embargo, sobre la base del respeto por la propiedad privada, se favoreció la sociabilidad entre las distintas nacionalidades, especialmente entre peruanos y chilenos, generándose un clima de tolerancia y desarrollo de la cultura hasta su ruptura acontecida hacia el centenario de la república.

La sociedad tarapaqueña se estaba transformando desde mediados del siglo diecinueve en un mundo multicultural. Los censos registraban a ciudadanos venidos de los más diversos países de Europa, de Asia y de América, donde se destacaban por cierto las tres nacionalidades más numerosas: peruana, boliviana y chilena. Los veleros o clippers no transportaban solo nitrato, sino también bienes tangibles e intangibles que densificaron la cultura regional e hicieron de esta sociedad un mundo intercultural.

¹² SÁNCHEZ, Rigoberto. *Iquique en el siglo XX. Documentos y noticias*. Santiago: Editorial Universidad Bolivariana, 2006, p.23.

¹³ COMITÉ DE IQUIQUE PRO-CAMINO DE IQUIQUE A ORURO. *Camino Internacional*. Iquique: Imprenta Lemare, 1934, p.8.

Mientras Iquique comenzaba a transformarse en la “reina del Pacífico”. El capitán de la *Royal Navy*, William Castle, la visita en 1885 y encuentra una urbe con una catedral nueva; una estación de ferrocarril salitrero; tres clubes sociales (Iquique, Alemán e Inglés), en el club Iquique participaba la elite local peruana y chilena; un mercado o recova; dos hospitales, varias compañías de bomberos, una aduana, una placa bancaria y una escuela modelo como la Santa María, inaugurada en 1882. La ciudad cuenta con alumbrado a gas y comunicación telegráfica con las Oficinas salitreras y con Valparaíso y el Callao.¹⁴

Juan Gil, un viajero que publicó un libro titulado *La revolución chilena*, editado en Santiago en 1892, en el capítulo X fechado en Lima 27 de junio de 1891, dice de Iquique: “la reina del desierto con sus campanarios y torrecilla y minaretes brillando al sol que entibia las aguas de su bahía, poblada de barcos de todas las naciones, hacia las cuales descienden de los muelles miles de obreros, trayéndoles las riquezas del desierto”.¹⁵ Esta reina del desierto había sido construida física y socialmente por una población mayoritariamente peruana y chilena, sin desconocer a otras nacionalidades, pero fueron estas dos las que están en lo más profundo de la pátina cultural de la identidad tarapaqueña. Un viajero francés, André Bellessort, quien arribó a este puerto en 1895, se refiere a Iquique como “una ciudad monstruosa a la que hay que reabastecer sin cesar. En medio de sus salitres blancos, amarillos, violetas y rosados, se parece a Simbad el Marino, que muere de inanición sobre montones de oro y de brillantes. Iquique siempre hambreado escruta el horizonte en búsqueda de barcos que traigan carnes frescas y forraje para sus bestias. El sur le envía el ganado, legumbres, heno; el norte plátanos, granadas, “paltas”, todos estos frutos de los trópicos que dejan al paladar como un gusto de perfumería. Chile abastece con platos fuertes, el Perú aporta las golosinas del desierto. Sobre la mesa de un iquiqueño, la pierna de cordero representa los chilenos, pueblo sólido y práctico, y la nata batida de la “chirimoya” simboliza la fineza peruana”.¹⁶ Esta mezcla peruano-chilena en la comida tarapaqueña siempre ha sido una característica, los “picantes” eran platos imperdibles junto a la cazuela en la pampa salitrera, como el vals peruano en los salones.

Iquique era como un velero, debía surtirse de todo, incluyendo la propia madera (el famoso pino Oregón) que permitió construirla en medio de un desierto que carecía de grandes bosques, excepto los desgredados tamarugos que sirvieron de combustible en las primeras décadas del ciclo del salitre. William Howard Russell, escribió: “el pueblo, siendo edificado en madera, ha sufrido grandes incendios, pero en ningún país

¹⁴ Véase: BRAVO ELIZONDO, Pedro y Sergio GONZÁLEZ. *Iquique y la pampa, Relaciones de corsarios, viajeros e investigadores, 1500 – 1930*. Antofagasta: Universidad José Santos Ossa, TER, 1992.

¹⁵ GIL, Juan. *La Revolución Chilena (Impresiones de un Viajero)*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1892, p.130.

¹⁶ BELLESSORT, André. *La Jeune Amérique. Chili et Bolivie*. 3ra. Edición. París: Perrin et Cie., 1899.

del mundo con una población igual, hay tantos pueblos provistos con eficientes brigadas como en Chile”.¹⁷

Sobre el cuerpo de bomberos de Iquique, Ugarte Yavar nos señala:

La primera compañía se organiza por iniciativa del Capitán de Puerto. J. Rodríguez en 1859, y se llamó Iquique. Desde 1871 empezaron a formarse nuevas compañías, siendo la primera Iquique N°1; luego la Iberia, Germania N°2, Zapadores N°3, Ausonia N°4, Salvadora N°5, Sargento Aldea N°6, Guardia de Propiedad, Tarapacá N°7, Internacional de Zapadores N°8, Guardia de Propiedad N°9, y Peruana N°10 [...]”.¹⁸

Según Juan de Dios Ugarte Yavar,¹⁹ de las dos Logias masónicas que existían en Iquique para 1904 una se llamaba "Fraternidad y Progreso N° 28", dependiente del Gran Oriente del Perú. En dicha época los obreros se organizaban en mutuales buscando una protección social y laboral, una de ellas se llamaba "Peruana de Socorros Mutuos". La aristocracia local a su vez lo hacía en Clubes o Filarmónicas, uno de esos clubes sociales era el "Peruano". La colonia peruana de Iquique tenía un colegio de niños, que funcionaba en los altos de la Bomba Peruana N° 10, y en los valles interiores funcionaban colegios particulares con maestros o maestras de origen peruano. Las autoridades de esos valles solían ser de esa nacionalidad.

La educación y la cultura se vieron favorecidas con el auge económico de Tarapacá desde 1890, siendo el carácter internacional y tolerante de la sociedad tarapaqueña una de sus consecuencias. Un indicador de lo anterior fue la prensa de la época. El escritor chileno, Francisco Javier Ovalle, nos entrega un esbozo de lo que fue el periodismo en Iquique:

Durante el periodo peruano: “El Mercurio de Iquique”, redactado por el escritor argentino señor Juan María Blanco; “El Comercio”, del distinguido poeta y literato peruano señor don Modesto Molina, “El Heraldo Americano”, del aventajado escritor boliviano señor don Ladislao Cabrera; “el Tiempo”, del periodista argentino señor don Federico Legrand; “La Estrella”, redactada por el periodista chileno señor don Manuel Castro Ramos.

Después que Chile tomó posesión de Iquique hubo los siguientes:

“El Veintiuno de mayo” del señor Alberto Echeverría; “El Tarapacá”, de don Félix Muga, redactado por el periodista señor Abraham Zamora que reside actualmente en Centroamérica; “La Industria”, del periodista colombiano señor Justiniano de Zubiría; “El Progreso”, redactado por el escritor peruano señor Luis Faustino Zegers; “La Voz de Chile”, redactada por el periodista boliviano señor Luis Salinas Vega, siendo su propietario don Enrique Silva Moreno, cuya imprenta fue destruida por los

¹⁷ HOWARD RUSSELL, William. *A visit to Chile and the nitrate fields of Tarapaca, etc.* Londres: J.S. Virtue & Co., 1890, p.148.

¹⁸ UGARTE YAVAR, Juan de Dios. *Iquique. Desde su fundación hasta nuestros días.* Iquique: Imprenta Bini e hijos, 1904, p. 162.

¹⁹ *Ibidem.*, p.54.

revolucionarios en 1891; “el Boletín Oficial” de la Excma. Junta de Gobierno revolucionario de 1891; “El Jornal”, redactado por el periodista señor don Daniel Salcedo; “Las Noticias”, órgano municipal de 1892; “El Derecho”, de don Domingo Silva Narro, autor de la Guía de Tarapacá que se publica todos los años; “El Nuevo Veintiuno de Mayo”; “El Heraldo del Norte”; “La Estrella de Chile”; “El Diario”; “Los Tiempos”; “La Tarde”; “El orden”; “El Obrero”; “El Eco de Bolivia”, órgano de la colonia boliviana, redactado por el periodista de la misma nacionalidad señor Alcibíades Guzmán; “La Revista del Pacífico”; “El Defensor”, órgano de la Sociedad Pampina que fue redactado por el señor Aníbal Mateluna; “El Trabajo”, órgano de la Combinación Mancomunal de Obreros; “El Pueblo”, redactado por don Osvaldo López; “El Norte” diario peruano redactado por don Felipe Reboredo [...]”.²⁰

Francisco Javier Ovalle escribía estas palabras en 190, sobre *La Voz del Perú*:

[...] fue fundada el 12 de abril de 1899 por el caballero peruano señor Santiago Méndez, dueño de la Imprenta Mercantil, situada en la calle Baquedano, esquina con Latorre. Su redactor lo es el prestigioso escritor señor Modesto Molina. Como es lógico, *La Voz del Perú*, se preocupa de los acontecimientos que tienen relación directa con la prosperidad de la floreciente república vecina. Posee un servicio cablegráfico con Santiago, Lima, Buenos Aires y capitales europeas; su circulación en la pampa, donde existen tantos peruanos, como en Iquique, es bastante numerosa.

En él ha colaborado largo tiempo el poeta señor Manuel Salvador Ulloa, quien dio a la publicidad antes de 1905, una revista ilustrada titulada Páginas Intelectuales, que expiró al poco tiempo de nacer.

Figuran también como miembros del personal de ese diario los señores Juan Luis Perasso y Roberto Balwin, con cuya actividad y noble constancia para el trabajo contribuyen al prestigio de *La Voz del Perú*.²¹

Es notable no solo la gran cantidad de periódicos que se editaban en Iquique, antes y después de la Guerra del Pacífico, en comparación con la actualidad, cuando la ciudad tiene más de cinco veces los habitantes de esa época, sino la pluralidad de los mismos, donde observamos no solo editores peruanos y chilenos, sino de otras nacionalidades.

No podía faltar en Iquique un centro cultural que expresa la producción intelectual de la provincia, especialmente la que surgía en su puerto mayor: Iquique. El *Ateneo*, fundado en 1886, fue la expresión máxima de esa elite tarapaqueña que estaba en formación, donde se destacaban intelectuales chilenos y peruanos. Su fundador, Marcial Martínez, señala en una carta que:

[...] la organización del Ateneo responde a todas las necesidades de sociedades como las nuestras. Es un sitio de tertulia y de buena compañía a toda hora. Allí se dan

²⁰ OVALLE, Francisco Javier. *La ciudad de Iquique*. Iquique: Imprenta Mercantil, 1908, p.137.

²¹ *Ibidem*, p. 144.

conferencias o se hacen lecturas públicas, sobre todas las materias, y también se abren cursos de enseñanza libre [...]”.²²

El periodista y escritor peruano, iquiqueño, hijo de padre chileno y madre peruana-tarapaqueña, Fernando López Loayza (cuyo seudónimo era Fray K. Brito), menciona a algunos conferencistas “como los señores José Francisco Vergara Donoso, don Vital Martínez Ramos, don Guillermo Billinghamurst, don Juan Vicente Silva, don Augusto Orrego Cortés y otros caballeros”.²³ Este autor, menciona algunos libros que se editaron en el contexto del Ateneo, como: *Estudio sobre la geografía de Tarapacá*, de Guillermo Billinghamurst; *Las verdades o un capítulo de catecismo para el pueblo*, por “un verdadero creyente”; *La condición legal de los peruanos nacidos en Tarapacá*, de Guillermo Billinghamurst; *Lecturas y artículos sobre temas científicos e industriales*, de Augusto Orrego Cortés; *Elementos de mensura de minas*, de Augusto Orrego Cortés; *Las compañías de bomberos de Iquique*, de Dimas Filgueira; *La vida en la pampa o historia de un esclavo*, de Mariano Martínez (Gabrielillo); *Las pampas salitreras* (poesía), de Clodomiro Castro; *Recopilación histórica y comercial sobre la ciudad y puerto de Valparaíso*, de Juan de Dios Ugarte Yavar (J. de Duy); *Registro de los tarapaqueños que han optado por la nacionalidad peruana*, de Manuel de la Puente; *Tramitación aduanera*, de Roberto Mercado; *El hábito no hace al monje* (teatro), de Eleodoro Estay; *Apuntes prácticos sobre ensayos de salitre*, de A. Valdés S.; *Historia de la Compañía italiana de bomberos Ausonia N° 4*, de Ippólito Ansaldo; *Los pobres, un ramillete de pasionarias y de mustios pensamientos*, de Luis Vergara Flores; *Guía del minero*, de Esperidión Bustos; *Ensueños* (composiciones literarias), del joven peruano Carlos Ledgard; *Individualismo y socialismo*, de Antonio Antoncich; *Las medallas del cuerpo general de bomberos*, de Óscar Salbach; *Legislación sobre salitre y bórax de Tarapacá*, de Guillermo Billinghamurst; *Cartilla de ensayos* (química), de G. Fabiani R.; *Cartilla taurina*, de L.A. Araya (Luis de Filipinas); *Tarapacá* (novela), de Juanito Zolá; *Iquique, recopilación histórica, comercial y social*, de Juan de Dios Ugarte Yavar (J. de Duy); *Poesía*, de Óscar Sepúlveda; *Pensamientos para postales* (poesía), de Modesto Molina (peruano); *Saetas y Mimos*, de Fray K. Brito; *El juramento falso de amor* (zarzuela), de Jerónimo Almonte; *Ensayos*, de Augusto Gana Herrera; *Manual sobre el conocimiento del caballo*, de Antonio Díaz; *De Valparaíso a Iquique*, de Francisco Javier Ovalle; *La Soberanía individual*, de Francisco Javier Ovalle; *Del Natural* (cuentos), de Eduardo Barrios; *Leyendas Pampinas*, de T.D. Monio (Augusto Rojas Núñez); *Guía Administrativa Industrial y Comercial*, de Domingo Silva Narro; etc. Este registro realizado por Fernando López Loayza, Fray K. Brito, corresponde hasta el año 1907, está lejos de ser exhaustivo, pero demuestra la gran cantidad de obras de diversos géneros, que se editaron en Iquique en distintas imprentas. Por cierto, este listado no cubre toda la producción intelectual de la ciudad en el periodo, incluso el propio López Loayza, editó varios libros de teatro, poesía y ensayos, que no mencionó en su registro. Tampoco se registra la producción literaria, especialmente obrera, poesía y

²² LÓPEZ LOAYZA, Fernando. *Letras de molde*. Iquique: Imprenta Rafael Bini e hijos, 1907, p. 263.

²³ *Ibidem*, p.238.

ensayos, que se publicaba en periódicos como *El Pueblo Obrero*, cuyo editor era Osvaldo López Mellafe.²⁴

La novela *Tarapacá*, editada en Iquique en 1903, de Juanito Zolá, seudónimo que ocultaba las plumas de los periodistas Osvaldo López y Nicanor Polo, es la mirada más crítica y aguda de la sociedad tarapaqueña de la época y que fue premonitoria, pues se refiere a un movimiento huelguístico con resultados trágicos, muy similar a lo que sucedería pocos años después en 1907. El conflicto a que hace referencia esta novela es fundamentalmente el de clases sociales, no se hace mención a conflictos de nacionalidades, excepto lo relativo a los patronos salitreros ingleses.

Volviendo al redactor de este registro de producciones intelectuales, Fernando López Loayza, cabe hacer una referencia a su persona por ser un iquiqueño culto, de clase media acomodada, hijo de padre chileno y madre peruana-tarapaqueña, nacido en el puerto en tiempos peruanos. López Loayza era un iquiqueño que amaba profundamente su ciudad y que se volcó con entusiasmo a ser un cronista de su época, publicando libros muy relevantes como *Letras de Molde*²⁵ y *La Provincia de Tarapacá*²⁶. También incursionó en la literatura: *Prosa Menuda; Huellas teatrales (impresiones del arte en Iquique)*, entre otros. Tiene, empero, un libro titulado *Pro-Patria*,²⁷ donde trata de responder a las críticas que comenzaron a surgir en Perú, con la llegada de Augusto B. Leguía al Gobierno de Lima, a quienes parecían muy pro-chilenos y que marca una ruptura en las relaciones diplomáticas entre ambos países, con los sucesos “de la corona” a fines de 1908.²⁸ Señala en el Prólogo de su libro:

Nacido en Iquique (en tiempo del Perú), hijo de chileno, fui educado en Chile habiendo pasado en dicho país la mayor parte de mi vida. Grandes son los afectos que tengo por Chile, no los niego; no por esto jamás he dejado de ser ciudadano peruano como en todas ocasiones lo he probado. No pierde un hombre su ciudadanía porque mantiene, de preferencia, a veces, amistades miembros de otra nacionalidad ajena a la propia ni porque no acepta doctrinas o corrientes alocadas y tontas hijas del patriotismo mal entendido [...].²⁹

En este libro reúne todos artículos de prensa que publicó como periodista de *La Voz del Perú*, más otros. Sin embargo, el ser un hombre de dos países e hijo de un puerto como Iquique, no fue fácil para Fray k. Brito, la vida le traería críticas desde Perú, primero, y desde Chile, después.

²⁴ Véase: ILLANES, María Angélica, Sergio GONZÁLEZ y Luis MOULIAN. *Poemario Popular de Tarapacá*. Santiago: LOM – DIBAM, 1998.

²⁵ Véase cita 20.

²⁶ LÓPEZ LOAYZA, Fernando. *La Provincia de Tarapacá*. Iquique: E. Muecke, 1912.

²⁷ LÓPEZ LOAYZA, Fernando. *Pro-Patria*. Iquique: Imprenta y litografía La Académica, 1909.

²⁸ A fines de 1908, el ministro de Relaciones Exteriores del Presidente Leguía, Melitón Porras, iniciará sus actividades de Canciller creando un conflicto con Chile por el rechazo a una corona de bronce que el embajador chileno José Miguel Echeñique Gandarillas había mandado a elaborar en memoria de las víctimas de la Guerra del Pacífico para un monumento construido en el cementerio de Lima por el gobierno de José Pardo.

²⁹ Véase cita 24.

Una irónica anécdota relata el conocido salitrero inglés don Santiago Humberstone sobre López Loayza, cuando en 1875 recorrió las salitreras de Tarapacá en compañía de Robert Harvey, señala: “*almorzamos en la oficina Nueva Carolina a cargo de don Fernando López Jofré, cariñosamente apodado ‘el chileno’. No estaba don Fernando, pero fuimos atendidos por dos de sus compatriotas, ¿quién iba a pensar que 36 años después, Fernando López Loayza, que escribía bajo el seudónimo de Fray K. Brito, sería expulsado de Tarapacá por ser peruano?*”. Efectivamente, López Loayza debió partir de Tarapacá en 1911, radicándose en Tacna donde trabajó para la firma Francke, Jullian y Cia., además de integrarse a la comisión plebiscitaria peruana. Por su libro *La provincia de Tarapacá*, sabemos que en 1912 y 1913, estaba en Iquique nuevamente. No es extraño su regreso, pues en 1912 había vuelto el clima de amistad entre ambos países, pues en el Palacio Pizarro estaba alguien con sus mismas características: un tarapaqueño-peruano que se había educado en Chile y que utilizó su pluma en el periodismo y en escribir libros sobre Tarapacá, además de ser un exitoso empresario y un notable político. Si bien había nacido en Arica, llegó a Iquique aproximadamente a los diez años, cultivando un profundo amor por la provincia: Guillermo Billinghurst.

Este presidente peruano, democrático y antioligárquico, que gozó del apoyo de los tarapaqueños radicados en Lima, salió elegido gracias a los gremios de trabajadores y con el lema de “Pan Grande”. También se le definió como “el primer obrero del Perú”.³⁰ Reanudó las relaciones diplomáticas entre Perú y Chile que se habían roto en 1910, en noviembre de 1912 los cancilleres Antonio Hunneus, de Chile, y Wenceslao Valera, de Perú, iniciaron negociaciones. Sin embargo, un golpe militar dirigido por el coronel Óscar Benavides en febrero de 1914 impidió toda acción por aproximar a ambos gobiernos y también a las organizaciones de trabajadores de ambos países.

Billinghurst falleció al año siguiente en Tarapacá, en el oasis de Pica, su lugar preferido de descanso y desde donde recorría, en su calidad de geógrafo, la provincia y también controlaba sus intereses mineros (tanto de salitre, bórax y cobre). Sus restos descansaron en el cementerio N° 1 de Iquique al lado de su madre hasta 1916, cuando fue repatriado al Perú. El 21 de octubre de ese año, arribó a Iquique el transporte *Iquitos* para trasladar sus restos a Perú. El diario *El Tarapacá* de Iquique publicó todos esos días noticias sobre el traslado, del día domingo 22 se tituló: *A don Guillermo E. Billinghurst. Merecido tributo*, y un fragmento de su contenido dice:

El Tarapacá cumple con un deber patriótico i social al despedir, con cariñoso sentimiento, los restos de un ciudadano i servidor eminente de su patria i desinteresado amigo de la nuestra; al mismo tiempo que al que figuró en una época entre los miembros distinguidos i apreciados de su sociedad.

Que los honores tributados i la condolencia sincera manifestada ante los despojos del que fué Presidente del Perú, don Guillermo E. Billinghurst, por el gobierno i el

³⁰ GONZÁLES, Osmar. *El Gobierno de Guillermo Billinghurst. Los orígenes del populismo en el Perú, 1912-1914*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 2005, p.221.

pueblo chileno, sean un eslabón más agregado a la cadena de unión que hoy se trabaja en ambos países.

Van esos restos a su patria después de haberlos guardado el pueblo de Tarapacá con afectuoso respeto, i son nuestros fervientes anhelos que ellos i sus distinguidos conductores arriben a sus playas satisfechos de su noble misión.

En Lima hoy descansan los restos de don Guillermo Billinghurst, de quien el historiador Jorge Basadre recuerda, en su Historia del Perú, que tenía marcado acento chileno.

3°. El tercer momento es de tensión, y se refiere al simbólico 21 de diciembre de 1907, donde murieron cientos de trabajadores salitreros en la ciudad de Iquique, como resultado de una huelga obrera que se había extendido desde mediados de ese mes y que había movilizado a miles de obreros desde todas las oficinas salitreras de Tarapacá. Más allá de las responsabilidades políticas y personales, sea del ministro del interior, don Rafael Segundo Sotomayor, del intendente de Tarapacá, don Carlos Eastman, o, del propio Comité de Huelga de los obreros, especialmente de su presidente José Briggs, de nacionalidad norteamericana, lo relevante aquí es solamente constatar que en ese acontecimiento murieron solidariamente peruanos, bolivianos y argentinos junto con los chilenos, quedando en la memoria regional la negativa que los peruanos le manifestaron a su cónsul, José María Forero, ante la insistencia de éste por conminarlos a salir de la escuela minutos antes de la masacre.

Una de las imágenes más arraigadas en el pueblo nortino fue la negativa de los obreros peruanos y bolivianos a sus respectivos cónsules quienes los conminaban a abandonar la Escuela Santa María, frente a la inminente masacre. Especialmente los primeros que fueron requeridos por su cónsul, José María Forero a abandonar la escuela Santa María de Iquique, donde estaba alojado el grueso de los huelguista y que, el día 21 de diciembre se encontraba rodeada por fuerzas de la marinería y del ejército.

El telegrama que envió Forero al periódico *La Prensa* de Lima, publicado el 7 de enero de 1908, fue el siguiente:

Cinco mil peruanos figuraban entre los huelguistas; pero hay más de nueve mil familias de la misma nacionalidad que residen en Iquique.

Previo al permiso del Intendente me trasladé a la Escuela Domingo Santa María, les supliqué depusieran su actitud subversiva, pero fue en vano mi intención: mis reflexiones se estrellaron contra su inquebrantable obstinación.

Nuestros compatriotas quisieron guardar lealtad a sus compañeros hasta el último instante y no aceptaron la autorización de retirarse que, en mi presencia, les concedió el directorio.

A propósito del directorio de los huelguistas, este mismo periódico limeño, el 9 de enero de 1908, incluye la noticia de la presencia en la capital peruana de algunos dirigentes de la huelga:

En las primeras horas de la mañana, recibimos la visita de tres miembros del directorio de la huelga de Iquique, el presidente don José Briggs, el secretario don Sixto Rojas y el prosecretario don Ladislao Córdova. Los dos primeros habían llegado en unión de 78 compañeros a bordo del vapor Mapocho, que fondeó hoy en el Callao [...].³¹

El periódico *El Comercio* de Lima, el martes 31 de diciembre de 1907, publica una carta enviada desde Iquique por una persona que se firma como “un peruano”, donde en una de sus partes señala que:

[...] calmada la carnicería, pude penetrar a la escuela, y vi los cuadros más horrorosos; unos 300 o 400 individuos yacían muertos o heridos. Vi un cuadro que me partió el alma, pero me sentí orgulloso de ser peruano. Era un hombre que yacía muerto a la entrada del local, abrazado a una bandera peruana, a la que tenía pegado los labios en un último beso de patriótico amor. El espectáculo fue para mí triste, pero sublime. Murieron 70 peruanos y hubo 40 heridos fuera de los muchos otros que han caído en la pampa [...].³²

La mayor cantidad de obreros fallecidos fueron, por cierto, chilenos, cifra que aún está en discusión pero todo indica que fueron varios cientos como lo hemos estudiado en los documentos y periódicos de la época.³³

El periodista Carlos Alfaro Calderón recogió dos imágenes referida a una mujer boliviana y a un dirigente chileno de huelga, a saber:³⁴

Entre los heridos había una brava boliviana con un muslo roto, que penetró a la escuela en los momentos de mayor agitación. Impedida de entrar por la tropa, resistió esta imposición con una actitud heroica, pronunciando estas palabras: ¡donde está mi marido, allí entro yo!

Esta trágica imagen reivindica a las mujeres, indígenas o mestizas, que estuvieron ese día en la escuela Santa María. Quizás esta historia fue conocida por el escritor iquiqueño, Luis González Zenteno, inspirando a una de sus protagonistas de su novela *Los Pampinos*, Timona, a quien sitúa en la escuela Santa María ese día 21 de diciembre:

³¹ BRAVO-ELIZONDO, Pedro. *Santa María de Iquique 1907: documentos para su historia*. Santiago: Ediciones del Litoral, 1993, p.89.

³² *Ibidem*, p.88.

³³ GONZÁLEZ MIRANDA, Sergio. *Ofrenda a una masacre. Claves e indicciones de la emancipación pampina de 1907*. Santiago: Editorial LOM, 2007.

³⁴ ALFARO CALDERÓN, Carlos. *Reseña histórica de la provincia de Tarapacá*. Iquique: Imprenta Chilena, 1936, p.57.

Ahí empezó la dramática carrera de la Timona, en un charco de sangre y lodo. Su hijo, atravesado por un lanzazo; su marido, muerto por la metralla. Ella, maltrecha, pero viva. Jamás, mientras latiera su corazón, podría olvidar esas horribles escenas [...].³⁵

Timona, nombre de ficción pero con antecedentes de realidad puede ser boliviana, peruana o chilena, pero sobre todo tarapaqueña.

Siguiendo el registro de Alfaro Calderón,³⁶ tenemos el siguiente relato:

Otro huelguista con un arrojo sin igual, al sentir las balas y al ver que sus compañeros caían, ofreció valientemente su pecho, diciendo: “¡Apuntad, aquí tenéis mi corazón!” Las balas penetraron en ese pecho viril, y de los altos de la torrecilla de la escuela rodó ese hombre fuerte y de gran corazón [...].³⁷

Se trata del famoso “rucio” que la memoria popular recuerda, pero que no logra establecer quién fue, se señalan los nombres de Luis Olea Castillo, vice-presidente del Comité de Huelga, y de José Santos Morales, tesorero, pues ambos coinciden con esa descripción. El primero fue obrero y escritor, de tendencia anarquista, el segundo un comerciante ambulante (mercachifle) en las salitreras. Olea fallece en Guayaquil y Morales escapó a Bolivia, pero regresó a Iquique para volver a sus actividades de comerciante.

Elías Lafertte, relata en su libro “Vida de un comunista” que:

A las dos y media de la tarde una alarmante visita llegó a la Escuela. Eran los cónsules de Perú, Bolivia y Argentina. Pidieron hablar con los obreros de esas nacionalidades que se hallaban entre los huelguistas y los instaron a abandonar el local escolar, advirtiéndoles que si se negaban, los cónsules no responderían de ellos. La cosa era grave, pues los militares tenían órdenes de disparar y las balas no discriminarían entre chilenos y extranjeros.

Los pampinos esperaron con curiosidad la actitud que iban a tomar los trabajadores extranjeros. En el trabajo, hay que señalarlo, existía perfecta igualdad entre ellos y los chilenos. En esa época, en que se viajaba sin pasaporte y no había las barreras y las leyes discriminatorias que existen ahora, argentinos, bolivianos, peruanos eran para nosotros exactamente como compatriotas, con iguales derechos y deberes. ¡A qué pampino se le habría ocurrido disminuir a un argentino o a un peruano, por su nacionalidad. Si llamábamos “che” o “cuyanos” a los argentinos, “cholos” a los peruanos o “cuicos” a los bolivianos, era simplemente por caracterizarlos de algún modo, así como a los morenos se les dice “negro” a los rubios “rucio”.

³⁵ *Ibidem*, p.77.

³⁶ Carlos Alfaro Calderón, periodista iquiqueño que podría calificarse hoy como una persona políticamente de derecha, demuestra claramente que los sucesos de 1907 en esta ciudad fueron condenados por todos los sectores políticos. Los principales críticos de la masacre fueron, en el Senado, Malaquías Concha, demócrata, y en la Cámara de diputados, Arturo Alessandri Palma, liberal, quien llegó precisamente en 1915 al Senado de la República representando a Tarapacá y en 1920 a la Presidencia del país con gran apoyo de los pampinos.

³⁷ ALFARO CALDERÓN, Carlos. *Ob. cit.*, p.57.

La respuesta de los trabajadores extranjeros fue instantánea: argentinos, peruanos y bolivianos se negaron a desertar. Estos últimos respondieron a su cónsul: -Con los chilenos vinimos, con los chilenos morimos.³⁸

Esta imagen ha quedado impregnada en mentalidad de todo pampino o nortino, como detenida en el tiempo. Algo similar nos relata el historiador Guillermo Kaempffer Villagrán, en su libro titulado “Así sucedió”:

El Cónsul de Bolivia en Chile, Arístides Moreno, concurrió al local de la Escuela a notificar a sus compatriotas que abandonaran el local porque en algunos minutos más serían baleados; los obreros bolivianos se negaron a salir, manifestando que, las injusticias eran iguales para chilenos, peruanos, bolivianos y argentinos, y que correrían la suerte de sus compañeros.

El Cónsul argentino, Sayers Jones, que era representante de la Compañía Salitrera “Aguas Blancas”, no se interesó por lo que pudiera sucederles a sus representados; en el mismo predicamento estuvo el Cónsul de Perú en Chile, J. Morrow, que era ciudadano inglés; el Cónsul de Ecuador, de apellido Ubillús, les contestó que ya era tarde, pues en algunos momentos más serían ametrallados.³⁹

John Syers Jones, un socio menor de la Compañía inglesa Agua Santa, no era inglés sino peruano, y fue quien presidía el directorio del Hospital de Beneficencia de Iquique, que recibió a los heridos de la escuela Santa María. Syers Jones fue quien entregó la lista oficial de los esos heridos donde se puede destacar la nacionalidad de cada uno.

El Ciclo del Salitre no fue un tiempo homogéneo, tuvo puntos de inflexión que marcaron la mentalidad de sus habitantes. Uno de esos momentos fue, sin duda, lo acontecido en la Escuela Santa María de Iquique el 21 de diciembre de 1907. Esos momentos de inflexión han sido registrados por la literatura salitrera, que ha construido un imaginario de la presencia peruana y boliviana en la sociedad del desierto, complementando aquella que ha guardado la memoria histórica de los pampinos.

El hito/mito de Santa María de Iquique también registró la presencia peruana y boliviana respecto de su solidaridad con la chilena, específicamente en un momento previo a la matanza obrera, como un fragmento o momento de la Historia del Salitre cuyo significado para la memoria social ha perdurado en el tiempo, y que ha sido recogida en la literatura salitrera.

En Tarapacá, entonces, la filigrana de la sociedad del salitre nos dice que peruanos, bolivianos y chilenos convivieron estrechamente en los campamentos, con sus diferencias y sus encuentros. La vida cotidiana los unió en la cantina, en las calicheras, en los atardeceres que refrescaban el desierto y, por lo mismo, era la hora

³⁸ LAFERTTE, Elías. *Vida de un comunista*. Santiago: Talleres gráficos Horizonte, 1961, p.123.

³⁹ KAEMPFER VILLAGRÁN, Guillermo. *Así sucedió*. Santiago: Talleres Arancibia Hnüs, 1962, p.143.

de la conversación en las puertas, siempre abiertas, de los hogares pampinos. Fueron ciertamente las festividades los mejores momentos de la convivencia. En las cofradías los bolivianos se destacaban, como también para navidad con sus nacimientos, mientras los peruanos lo hacían en las comidas, en las estudiantinas y en las filarmónicas.

La masacre pampina-obrera del 21 de diciembre de 1907 puso a todos en una situación extrema, fue cuando se manifestaron los sentimientos más nobles y las pasiones más bajas. En esos instantes cuando la vida y la muerte están separadas por una línea que se puede cruzar de un minuto a otro solo con una decisión. Peruanos y bolivianos, pudieron evitar su muerte, porque se les ofreció abandonar la escuela Santa María minutos antes de la masacre. Esa decisión vital ha sido recordada por generaciones en el norte de Chile y la propia masacre obrera ha sido recogida por literatura chilena, donde podemos identificar la “Cantata de la Escuela Santa María”, escrita por Luis Advis; la obra de teatro “Santa María del Salitre” de Sergio Arrau; en poesía, el poema más conocido es el “Canto a la pampa” o “Canto de venganza” del obrero pampino Francisco Pezoa; y las novelas “Hijo del salitre” de Volodia Teitelboim y “Santa María de las flores negras” de Hernán Rivera Letelier; entre otras obras.

El Perú, como Bolivia, amanecerá en 1908 con cientos de repatriados. Después de la masacre, los consulados de Perú y la Intendencia de Tarapacá entregaron pasajes para familias que decidieron partir a sus lugares de origen, para el caso peruano tenemos la siguiente información de ese consulado: “de los 542 pasajes del vapor “El Victoria”, llegaron 300 al Callao el 18 de enero de 1908.” Numerosos repatriados regresaron al Perú también en el vapor “El Mapocho” con destino El Callao.

Irónicamente, los patrones se enfrentan este año al problema recurrente que tendrán en la pampa salitrera cuando se está en la curva de auge productivo: la necesidad de mano de obra. La partida de miles de obreros con sus familias de regreso a sus lugares de origen fueran estos en Chile, Perú o Bolivia, obligó a los salitreros a organizar enganches para cubrir la falta de trabajadores, los que por cierto llegaron por miles. En una comunicación del cónsul de Bolivia en Iquique, Arístides Moreno, a su Ministro de Relaciones de Exteriores y culto, señala lo siguiente:

Algunos días después del último censo, se produjo la famosa que, del 21 de Diciembre de 1907, fué disuelta en esta ciudad á viva fuerza, mediante descargas de ametralladoras y fusilería. A este violento acto siguió una inmediata y abundante emigración de trabajadores de esta provincia, y este Consulado, siguiendo instrucciones superiores, facilitó la repatriación de más de 2.000 de nuestros compatriotas, entre hombres, mujeres y niños.

Producida, en consecuencia, una gran escasez de brazos en las oficinas salitreras, los interesados en esos trabajos enviaron comisionados á Bolivia, á enganchar gente. Con un gasto superior á 40 mil pesos y burlando la oposición de la Prefectura de

Oruro, vinieron nuevos inmigrantes bolivianos y, entre ellos, no pocos de los mismos obreros que habíamos repatriado [...].

La normalidad llegó rápida y definitivamente para los empresarios salitreros con el nuevo año. En febrero de 1908 encendieron sus fuegos ciento doce salitreras, incluyendo las de Tarapacá. Con esta perspectiva se puede entender la rigidez de la postura de los patrones, porque venían escuchando pliegos de peticiones en forma sistemática, organizada y respetuosa desde los Memoriales de 1904. La huelga de diciembre fue para los salitreros solo un momento amargo, pero no de verdadera preocupación.

En cambio para la sociedad tarapaqueña, 1908, fue de reflexión por sucesos acontecidos, pero en lo esencial Tarapacá comienza a vivir una etapa de transición que termina con la desaparición el movimiento obrero internacionalista: hacia 1910 deja de existir la Combinación Obrera Mancomunal liderada por Abdón Díaz, la principal organización laboral de la década anterior. Con ella se termina un tipo de organización caracterizada por el internacionalismo. 1910, el año del centenario, traerá vientos nacionalistas que separará a peruanos y chilenos en Tarapacá.

Los tres momentos que hemos identificado fueron, en contextos muy diferentes, de solidaridad entre los distintos grupos de la población local para, en algunos casos, enfrentar las acciones de los Gobiernos centrales y, en otros, para llevar adelante algún proyecto compartido de desarrollo regional.

Tarapacá fue la región más austral del Perú hasta 1879 y la más septentrional de Chile hasta 2007, en sus tradiciones es imposible negar la influencia peruana desde lo culinario hasta en sus fiestas patronales y es, a la vez, una de las regiones con mayor cantidad de símbolos patrios nacionales de Chile. Sin embargo, esta región, posiblemente por su lejanía con el centro político, ha vivido importantes tensiones con los Gobiernos centrales, como aquella que tuvo respecto de la frustrada demanda iniciada en 1864 por un ferrocarril, primero, y un camino, después, en dirección a Bolivia. Demanda que hasta nuestros días no ha dejado de estar vigente y que siempre se aleja de su éxito cuando las diplomacias se distancian por querellas a veces centenarias tan en contrario con los tiempos de globalización, apertura a los mercados internacionales y de sociedades abiertas. El destacado historiador peruano, Nelson Manrique, reflexionando sobre las consecuencias e interpretaciones de la Guerra del Pacífico, y teniendo en vista la experiencia europea de integración regional, destaca la importancia de los historiadores en la “integración de una historia de las guerras, que hiciera justicia a todos los contendientes. Los discursos sobre el carácter imprescindible de la unidad regional para afrontar los desafíos de la globalización seguirán siendo una mera retórica si estas tareas no se abordan”.⁴⁰

⁴⁰ MANRIQUE, Nelson. “La mediterraneidad boliviana y la integración regional”. En: *Nueva Sociedad*, n° 190, Buenos Aires, 2004, p.28.

Las relaciones entre Perú y Chile han estado marcadas por un conflicto bélico que, transcurrido ya más de un siglo desde su término, sigue en las sombras de ambas naciones como un fantasma que surge a veces y en otras se oculta. Es decir, hemos tenido momentos de acercamiento e integración y también de distanciamiento e, incluso, hostilidad. La historiografía ha tendido, posiblemente por la fuerza del relato, a rescatar esos momentos de hostilidad y, generalmente, desde una perspectiva nacional. Sin embargo, han quedado bajo el manto del olvido no solo esos momentos de acercamiento e integración, sino las perspectivas regionales. Este trabajo identificó tres momentos donde la población de Tarapacá tuvo relaciones de tensión y/o armonía con el centro político nacional, sea este peruano o chileno, en el período comprendido entre 1872 y 1909. Reconociendo que es posible identificar otros momentos similares antes y después de ese periodo, hemos escogido estas fechas porque son el intervalo temporal donde el imaginario de ambos países sitúa precisamente las raíces de nuestras querellas.

Cuando hablamos de región hablamos de identidad, ese ha sido un aporte desde la antropología a los estudios regionales. El notable historiador y geógrafo francés Fernand Braudel señalaba que siempre le sedujo el concepto identidad, pero que igualmente nunca dejó de atormentarle, por su notoria ambigüedad. Braudel nos dice que la identidad es “el resultado vivo de lo que el interminable pasado depositó pacientemente en capas sucesivas, así como el depósito imperceptible de sedimentos marinos creó, fuerza de dudar, las vigorosas bases de la corteza terrestre”.⁴¹ Esta bella metáfora, nos lleva a pensar en cuáles han sido, en Tarapacá, esos elementos (acciones) que se han ido repitiendo de generación en generación quedando como sedimentos culturales en nuestra identidad, a veces dudando, pero la mayor de las veces persistiendo en la misma idea.

Respecto de la identidad de Francia, Fernand Braudel señalaba que una Nación debería “identificarse con lo mejor, con lo esencial de sí misma, y en consecuencia reconocerse a la vista de imágenes propias, de contraseñas conocidas por iniciados (sean éstos una elite, ya sea la masa entera de un país). Reconocerse en mil pruebas, creencias, discursos, coartadas, vastos inconscientes sin riberas, oscuras confluencias, ideologías, mitos, fantasías [...]”.⁴² *Mutatis mutandis*, se puede decir lo mismo de una región, sin por ello dejar de pertenecer a una patria. Tarapacá profundamente chilena, pero se construyó social y culturalmente sobre la base de nativos y migrantes venidos desde los cuatro puntos cardinales durante el largo ciclo del salitre, pero especialmente por pobladores peruanos, bolivianos, argentinos y chilenos, que la transformaron en una de las regiones con un *ethos* socio-cultural claramente diferenciado del resto del país.

⁴¹ BRAUDEL, Fernand. *La identidad de Francia. El espacio y la historia*. Barcelona: GEDISA, 1993, p. 21.

⁴² *Ídem*.

Hemos sostenido en este trabajo que esa identidad, expresada por sus elites, sea a niveles empresarial u obrero, debió enfrentar amenazas venidas desde el exterior o desde la propia provincia, que les obligó a reaccionar solidariamente para proteger sus intereses, como lo hicieron al reaccionar en contra de la política salitrera de Manuel Pardo entre 1872 y 1876, o, cuando unidos estuvieron dispuestos a morir en las dependencias de la escuela Santa María de Iquique, el 21 de diciembre de 1907, en el marco de una huelga obrera, donde la identidad de clase estuvo por sobre cualquier otra consideración. Por último, identificamos un periodo, entre 1880 y 1909, donde surgió, facilitado por una política liberal en la economía chilena respecto de la industria del salitre, un clima de tolerancia que favoreció la consolidación de esa identidad regional, en cuya pátina cultural había elementos chilenos y peruanos, entre otros. Sostenemos que este clima de tolerancia se vio interrumpido hacia 1910 con la emergencia de discursos y movimientos nacionalistas, tanto en Perú como en Chile. Sin embargo, siguieron estando allí y hasta nuestros días sedimentos culturales de esa tolerancia multicultural, formando parte esencial del *ethos* tarapaqueño.

BIBLIOGRAFÍA

- ALFARO CALDERÓN, Carlos. *Reseña histórica de la provincia de Tarapacá*. Iquique: Imprenta Chilena, 1936.
- BASADRE, Jorge. *Historia de la República del Perú*. Vol. VII. Lima: Editorial Universitaria, 1969.
- BERMÚDEZ, Oscar. *Historia del salitre desde sus orígenes hasta la guerra del Pacífico*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad de Chile, 1963.
- BELLESSERT, André. *La Jeune Amérique. Chili et Bolivie*. 3ra. Edición. París: Perrin et Cie., 1899.
- BERMÚDEZ, Oscar. *Historia del salitre desde la guerra del Pacífico hasta la revolución de 1891*. Santiago de Chile: Ediciones Pampa Desnuda, 1984.
- BERTRAND, Alejandro. *Memoria acerca de la condición actual de la propiedad salitrera en Chile*. Santiago: Imprenta Nacional, 1892.
- BILLINGHURST, Guillermo. *Rápida ojeada sobre la Cuestión Salitre*. Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1875.
- BILLINGHURST, Guillermo. *Los capitales salitreros de Tarapacá*. Santiago: Imprenta de El Progreso, 1889.
- BILLINGHURST, Guillermo. *Legislación sobre salitre y bórax*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1903.
- BLAKEMORE, Harold. *Gobierno chileno y salitre inglés 1886-1896*. Balmaceda y North. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1977.
- BLAKEMORE, Harold. *Historia del Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia 1888-1988*. Santiago: Edición Mercedes Gajú-Impresos Universitarios, 1996.
- BOISIER, Sergio. "Desarrollo territorial a partir de la construcción de capital sinérgico". En: *Estudios Sociales*, N° 99, Santiago de Chile, C.P.U., 1999, pp.27-40.
- BONILLA, Heraclio. *Guano y Burguesía en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP), 1974.

- BONILLA, Heraclio. *Un siglo a la deriva. Ensayos sobre el Perú, Bolivia y la Guerra*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP), 1980.
- BRAVO-ELIZONDO, Pedro. *Santa María de Iquique 1907: documentos para su historia*. Santiago: Ediciones del Litoral, 1993.
- BRAVO ELIZONDO, Pedro y Sergio GONZÁLEZ. *Iquique y la pampa, Relaciones de corsarios, viajeros e investigadores, 1500–1930*. Antofagasta: Universidad José Santos Ossa, TER, 1992.
- BRAUDEL, Fernand. *La identidad de Francia. El espacio y la historia*. Barcelona: GEDISA, 1993.
- COMITÉ DE IQUIQUE PRO-CAMINO DE IQUIQUE A ORURO. *Camino Internacional*. Iquique: Imprenta Lemare, 1934.
- DÁVALOS Y LISSÓN, Pedro. *Leguía (1875–1899)*. Barcelona: Editorial Montaner y Simón, 1928.
- FLORES SORIA, C. “El civilismo y la cuestión del salitre, 1872 – 1876”. En: *Historia*, Revista de Historia y Sociedad, Año I, N° 1, Lima, 2000.
- GIL, Juan. *La Revolución Chilena (Impresiones de un Viajero)*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1892.
- GONZÁLES, Osmar. *El Gobierno de Guillermo Billinghurst. Los orígenes del populismo en el Perú, 1912-1914*”. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 2005.
- GONZÁLEZ MIRANDA, Sergio. *Ofrenda a una masacre. Claves e indicciones de la emancipación pampina de 1907*. Santiago: Editorial LOM, 2007.
- GREZ, Sergio. “La huelga general de 1890”. En: *Revista Perspectivas* N° 5, Santiago, CEP, 1990, pp.127-167.
- GUDYNAS, Eduardo. “El mapa entre la integración regional y las zonas de frontera en la nueva globalización”. En: *Revista MAPIensa* N° 1, La Paz, 2007, pp. 1-9.
- HARMS, Carlos. *Los grandes problemas de la zona norte de Chile*. Santiago: La Ilustración, 1930.

- HIDALGO, Jorge y Alan DURSTON. “Reconstrucción étnica colonial en la sierra de Arica: el cacicazgo de Codpa, 1650-1780”. En: *Historia Andina en Chile*. Santiago: Editorial universitaria, cap. XXIII, 2004.
- HOWARD RUSSELL, William. *A visit to Chile and the nitrate fields of Tarapaca, etc.* Londres: J.S. Virtue & Co., 1890.
- HUMBERSTONE, James Tomas. *Una visita a las Oficinas Salitreras de Tarapacá antes del Sistema Shanks*. Iquique: Mimeo, 1875.
- ILLANES, María Angélica, Sergio GONZÁLEZ y Luis MOULIAN. *Poemario Popular de Tarapacá*. Santiago: LOM – DIBAM, 1998.
- JESSOP, Bob. “La economía política de la escala y la construcción de las regiones transfronterizas”. En: *Revista EURE*, mayo vol.30, N°.89, Santiago, 2004.
- KAEMPFER VILLAGRÁN, Guillermo. *Así sucedió*. Santiago: Talleres Arancibia Hnüs, 1962.
- KAPSOLI, Wilfredo. “El Perú en una coyuntura de pre-guerra: 1879”. En: *La Guerra del Pacífico*. Lima: Universidad Mayor de San Marcos, Vol. I, 1979, pp. 21-38.
- LAFERTTE, Elías. *Vida de un comunista*. Santiago: Talleres gráficos Horizonte, 1961.
- LÓPEZ LOAYZA, Fernando. *Letras de molde*. Iquique: Imprenta Rafael Bini e hijos, 1907.
- LÓPEZ LOAYZA, Fernando. *Prosa Menuda*. Iquique: Imprenta Rafael Bini e hijos, 1908.
- LÓPEZ LOAYZA, Fernando. *Huellas teatrales (impresiones del arte en Iquique)*. Iquique: Imprenta y Litografía R. Bini e Hijos, 1908.
- LÓPEZ LOAYZA, Fernando. *Pro-Patria*. Iquique: Imprenta y litografía La Académica, 1909.
- LÓPEZ LOAYZA, Fernando. *La Provincia de Tarapacá*. Iquique: E. Muecke, 1912.
- MANRIQUE, Nelson. “La mediterraneidad boliviana y la integración regional”. En: *Nueva Sociedad*, n° 190, Buenos Aires, 2004, pp.22-28.

- MATHEW, William. *La firma inglesa Gibbs y el monopolio del guano en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2009.
- MC EVOY, Carmen. *Un proyecto nacional en el siglo XIX. Manuel Pardo y su visión del Perú*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994.
- MC EVOY, Carmen. *La Utopía Republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1997.
- MC EVOY, Carmen. *Manuel Pardo. La huella republicana liberal en el Perú. Escritos fundamentales*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2004.
- MC EVOY, Carmen. *Homo Político. Manuel Pardo, la política peruana y sus dilemas 1871-1878*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2007.
- MÜCKE, Ulrich. “Elecciones y participación política en el Perú del siglo XIX: la campaña presidencial de 1871-72”. En: *Investigaciones Sociales*, año VIII, N° 12, Lima, UNMSM, 2004, pp.133-166.
- NUÑEZ, Lautaro. *La Tirana del Tamarugal*. Antofagasta: Ediciones Universitarias N° 93, UCN, 2004.
- OVALLE, Francisco Javier. *La ciudad de Iquique*. Iquique: Imprenta Mercantil, 1908.
- PANIAGUA, Valentín. *Manuel Pardo y el partido Civil. Apogeo y crisis del primer partido político en el Perú*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2009.
- RAMÍREZ, Socorro. “Las zonas de integración fronteriza: desafíos de la Comunidad Andina y Suramericana”. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2006, pp.51-95.
- RAMÍREZ NECOCHEA, Hernán. *Balmaceda y la contra-revolución de 1891*. Santiago: Editorial Universitaria, 1969.
- RAVEST, Manuel. “La Casa Gibbs y el monopolio salitrero peruano: 1876-1878”. En: *Historia*, n° 41, vol. I, enero-junio, 2008, pp.63-77.
- REYES FLORES, Alejandro. “Relaciones internacionales en el Pacífico Sur, ensayo de interpretación: 1873-1879”. En: *La Guerra del Pacífico*. Lima: Universidad Mayor de San Marcos, Vol. I, 1979, pp. 39-96.

REYES NAVARRO, Enrique. *El desarrollo de la conciencia proletaria en Chile (el ciclo salitrero)*. Santiago: Editorial ORBE, 1973.

REYES NAVARRO, Enrique. “El mercado mundial del salitre”. En: *Nueva Historia. Revista de Historia de Chile*, 1985, n° 15-16, pp. 181-214.

SÁNCHEZ, Rigoberto. *Iquique en el siglo XX. Documentos y noticias*. Santiago: Editorial Universidad Bolivariana, 2006.

SEMPER, E. y E. MICHELS. *La industria del salitre en Chile*. Santiago: Imprenta Barcelona, 1904.

UGARTE YAVAR, Juan de Dios. *Iquique. Desde su fundación hasta nuestros días*. Iquique: Imprenta Bini e hijos, 1904.

VALDÉS, F. *Problemas económicos de Chile*. Valparaíso: Imprenta y Litografía Universo, 1913.

DIARIOS Y PERIÓDICOS

El Nacional de Iquique.

La Patria de Iquique.

La Industria de Iquique.

El Tarapacá de Iquique.

ARCHIVOS

Archivo de Intendencia de Tarapacá

CAPÍTULO IV

De la paz final a la paz herida

De la paz final a la paz herida

Joaquín Fermandois*

1. El ansiado Tratado de 1929 y su puesto en la paz sudamericana

Como lo ha señalado Antonio Zapata, uno de los factores que ha arrojado una sombra persistente en las relaciones entre Chile y Perú fue el largo período que transcurrió entre el Tratado de Ancón en 1883 y el Tratado de Lima, la paz final de 1929. Al hablarse de una sombra, no nos referimos a la historia de tensiones y de conflictos políticos entre Ancón y Lima, sino a lo que ha seguido después de 1929 hasta nuestros días. Esta situación, en su intensidad y persistencia, en ausencia de motivos que se pudieran considerar “objetivos”, es más fuerte que la que afecta a Perú en relación a Ecuador; o a Chile en relación a Argentina. Ello, a pesar de que ha habido dos guerras limitadas entre Perú y Ecuador (1941 y 1995; quizás en 1981); y se sabe muy bien que casi hubo una guerra en regla entre Argentina y Chile en 1978, con un probable añadido de guerra entre Perú y Chile al mismo tiempo. En un continente escaso en guerras internacionales, en comparación con la historia del sistema internacional europeo, esto representa una anomalía y un peligro latente que se debe afrontar con toda la energía intelectual del caso.

Se ha observado que una típica falencia de la diplomacia del siglo XX fue la dificultad de organizar la paz en muchas partes del mundo. Lo mismo se puede decir también se dio en el caso de la post-guerra del Pacífico. Con Perú la situación se arrastró cincuenta años y con Bolivia, veinte años. Para rematar existe un estado de ánimo de hostilidad potencial y al menos de desconfianza que sigue muy vivo 130 años después de los hechos bélicos. Contribuyó a esto quizás el que Chile se viera envuelto en una larga y peligrosa situación pre-bélica con Argentina que tiene sus raíces en los prolegómenos de la Guerra del Pacífico, pero adquirió especial intensidad y una dinámica que parecía irresistible en los años 1890, lo que ayudó a intensificar la atención general en el cono sur. Esto se llamó ya entonces la “Paz Armada” en analogía muy estrecha a lo que sucedía en Europa. Sin embargo, a la inversa de la catástrofe europea en Chile culminó con un arreglo arbitral en 1902, a lo que se sumó el tratado de paz con Bolivia de 1904.

Aunque esto demostró que la tendencia principal a limitar y a evitar los conflictos armados entre estados en América Latina es más fuerte que la tentación de recurrir a las armas, es indudable que dejó algunas huellas a lo largo del siglo XX tal como quedó demostrado en las tensiones de los años 1970. Con todo en ese más de medio

* Doctor en Historia de la Universidad de Sevilla. Profesor de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Las ideas aquí expuestas se han desarrollado en base al proyecto Fondecyt 10985209.

siglo que seguiría a los Pactos de Mayo de 1902 existe un estado general de paz fecunda en el Cono Sur, con las limitaciones que se explicarán.

Desde esta perspectiva el tratado de 1929 fue un remanente de un proceso que para Chile había tenido su punto más alto en los Pactos de Mayo. El Tratado de Lima pareció una culminación de un esfuerzo tenaz y prolongado que incluyó fijar de acuerdo al derecho internacional los límites de Chile, y que mirado al conjunto del cono sur era parte de un proceso también general de conclusión de la fijación de las fronteras y límites territoriales y marítimos de toda la región. Era un complemento a la emancipación iniciada en 1810. Este tratado fue mirado con gran alivio en Chile y considerado como un logro el alcanzar una paz que no iba a tener ninguna nube, salvo el del recuerdo como pasado. También en Chile se tenía entendido que por su carácter transaccional respondía también a intereses del Perú que lo podía ver como un triunfo de su causa.

En el Perú sin embargo las opiniones estaban más divididas, si bien no cabía duda de que era un tratado de paz final y en su momento, en general, fue bien mirado aunque la posterior caída de Leguía debilitó un tanto su legitimidad. Lo que fue evidente eso sí es el mejoramiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países y una tendencia a la cooperación en temas americanos, algo completamente ausente en los cincuenta años anteriores. A raíz del conflicto de Leticia entre Perú y Colombia, Chile rompiendo una tendencia anterior, mostró una actitud de prescindencia y que hasta se podría calificar de ligeramente pro peruana como manera de mostrar buena fe en las relaciones. Al menos eso es como en Chile se ha explicado este período que siguió al Tratado.

2. La paz incompleta: los años de normalidad y de la cultura cívica patriótica

En las tres décadas que siguieron al tratado la idea principal que presidió en las relaciones era que el tiempo curaría las heridas, uno de los viejos sueños de la humanidad que no siempre se cumplen. Varios hechos indicaban hacia la dirección optimista. Aunque en la Segunda Guerra Mundial en una primera etapa Chile y Perú mantuvieron posiciones diferentes, el marco de las conferencias hispanoamericanas entre 1933 y 1945 ofreció un ambiente de cooperación e interacción que parecía amortiguar y hasta superar toda desconfianza o malentendido potencial. Esta posibilidad culmina con la declaración de las 200 millas en 1947, una iniciativa que innovaría en el derecho internacional, y los tratados complementarios (considerados ahora por Perú como simples acuerdos pesqueros) de 1952 y 1954, firmados entre tres países limítrofes que habían tenido guerras entre sí. Todo esto auguraba el paulatino olvido de los conflictos del siglo XIX, sumergiéndose las relaciones bilaterales en el contexto de las multilaterales de la segunda mitad del siglo XX.

Para rematar, Chile, a lo igual que en el caso de Leticia, mantuvo una posición ligeramente favorable a Perú en su conflicto con Ecuador, que llegó a una situación de enfrentamiento armado bastante grave en 1941. Se sumó como uno de los cuatro garantes del Protocolo de Río de Janeiro de enero de 1942, que dio una garantía de término del conflicto en esos momentos. Esto debe destacarse, ya que el Protocolo sería después considerado por parte de Ecuador como una imposición y, por lo tanto, mirado como ilegítimo, aunque plenamente válido de acuerdo a derecho internacional. Posteriormente en Chile muchos mirarían esta política de Santiago como errónea debido a que se había abandonado a un antiguo “aliado”, Ecuador; y esto no había traído un reconocimiento especial de parte del Perú, ni un apaciguamiento definitivo de la imagen de Chile como en un país sobre el cual hay que desconfiar en su proyección a Perú.

En Santiago dominó en todo caso la consideración de que por una parte no se debía caer en un juego de alianzas dentro de América del Sur, lo que podría llevar a un callejón sin salida. Si bien ha existido y no se ha renegado de una cierta simpatía entre Chile y Ecuador, esto no debía ser obstáculo a asegurar el “respeto a los tratados” en el marco de la vigencia del derecho internacional y del statu quo territorial en el continente americano. Esta divisa chilena corresponde a la de un país que mantiene en los aspectos fronterizos y limítrofes una actitud conservadora en las relaciones internacionales en su sentido tradicional de sistema de estados. Con todo hubo unanimidad dentro de Chile en considerar que se había efectuado un gesto amistoso principalmente hacia el Perú.

Por esos treinta años fue esta la imagen principal que dominó las relaciones de Chile con Perú, al menos desde la perspectiva de Santiago. Sin embargo un examen más detallado de los hechos muestra que junto a estos procesos de cooperación internacional existían como algo natural muchas grietas de desconfianza, especialmente al nivel del Estado chileno y sus diplomáticos había la tendencia a dividir a los peruanos en “anti chilenos” y “pro chilenos”. A su vez desde Lima se escuchará de manera persistente un rumor de desconfianza y hostilidad. Más fundamentalmente se da una analogía con la imagen popular en Argentina y en Chile acerca de las relaciones mutuas, lo de la “patria amputada”, de que en el proceso de paz algo se había perdido de manera injusta.

Obviamente esto era mucho más fuerte en el Perú, en donde las pérdidas territoriales, la ocupación de gran parte del país y la guerra de insurgencia y contrainsurgencia que le siguió, ocuparon un espacio enorme en la autoimagen nacional. En realidad, así como en Chile la Guerra del Pacífico fue parte incluso hasta el día de hoy de una cultura cívica y patriótica, en el Perú esto es mucho más fuerte debido a que el Estado quedó desarticulado después de la guerra y en cierta manera debió refundarse. Para el caso de Chile lo he llamado precisamente “el Chile patriótico”, y es muy probable que la misma denominación sea aplicable al caso peruano. Más todavía, las derrotas en general cuando son heroicas suelen ser más definitorias de identidad que las victorias.

En el caso de Chile tres batallas de su historia –Rancagua en 1814, Iquique en 1879, La Concepción en 1882– son los acontecimientos más celebrados, parte de la imaginaria nacional. Para el Perú, existe un antes y un después de la Guerra del Pacífico, y lo mismo desde luego es en el caso de Bolivia. En cierta medida bastante menor, esto es análogo para la mirada de Ecuador ante Perú.

Obviamente, esta imagen que llegó a la cultura cívica no es propia solamente del período que aquí trato, sino que cruza toda la historia de más de 100 años hasta el presente, como lo testimonian tantas experiencias cotidianas. Quizás ha habido alguna amortiguación y declive, más en Chile que en Perú, pero poseen todavía la capacidad de plasmarse en juicios relevantes para nuestro tiempo en lo que a miradas mutuas se refiere. Y siguieron muy presentes en las décadas que empezaron en 1930, al día siguiente de la firma del Tratado. No se desarmaba del todo a los espíritus, que como sabemos es la base fundamental de la paz. No habrá que añadir como novedad que la principal hipótesis de guerra de las respectivas fuerzas armadas continuó y continúa siendo la de un conflicto vecinal, y la potencialidad de esta disposición se probó con creces en los años setenta.

Una política de olvidar el pasado implicaría una negación, el ignorar conscientemente una parte importante del devenir de nuestros países. Iría contra la proclamada importancia de la “memoria”. La alternativa de construir a los héroes, amén de poco realista, trae consigo un vacío en el alma cívica que es difícil que sea ocupado por nuevas emociones que produzcan lealtad. Desde luego, en este aspecto existen una multitud de pareceres. Parece ser que el destino de un pueblo civilizado debe ser el sostener de manera simultánea visiones y sentimientos acerca de su identidad que parecen contradictorios vistos en sí mismos, pero que pueden contribuir a una nueva noción de “equilibrio social” y de instalación en aquello que denominamos “realidad”. Una mirada será aquella de agradecimiento al pasado, en la que se incluya el culto a sus momentos definidos como “heroicos”. Otra será aquella que desde alguna distancia pueda distinguir logros e insuficiencias como parte de un desafío para el presente. Una gran tarea, que a veces atemoriza por lo ardua de emprender.

3. Un conflicto latente en la retaguardia de la conciencia

Las hipótesis de conflicto no suponen un mero “juego de guerra”, lo que podría ser inocuo. Están provistas del potencial de ordenar conductas internacionales. Durante la Segunda Guerra Mundial en Chile se desarrollaron dos temores. Por una parte Chile asumió una actitud militante en el concierto americano notoriamente más tarde que en Perú. En la Primera Guerra Mundial Chile fue neutral hasta el fin en 1918. Ello suponía un “retraso” en comparación con Perú. En 1942 Chile junto a Argentina reclaman el derecho de conservar sus relaciones diplomáticas con el Eje, aunque cooperando en otros aspectos de seguridad y económicos con las potencias aliadas. Cuando Chile debe cambiar de política, a fines de 1942 para culminar con la ruptura con el Eje en enero de 1943, el argumento de que Perú se armaba gracias a su apoyo

más directo a EE.UU. constituyó un elemento de juicio de relativa importancia en la modificación de postura de Santiago. El otro temor era que se repitiera el intento de Perú y de Bolivia de que en las nuevas organizaciones internacionales estos países intentasen revisar los tratados de paz, como había sido la situación de 1919 (antes del Tratado de 1929 por cierto).

Ciertamente, el “factor Perú” no era el único elemento al tomar las decisiones ante el conflicto y ante el nuevo orden internacional, pero constituía un argumento que tenía su peso, sobre todo cuando se consideraba el abastecimiento a las fuerzas armadas. Con todo, el panorama no era sólo estratégico-diplomático. En la cuerda histórica del asunto ya hacia 1960 comenzó a hablarse del problema que presentaría el centenario de la guerra en 1979, insinuando una posible revancha del Perú. Quizás esto se relacionaba con un nuevo ciclo de tensiones con Argentina debido a problemas fronterizos, ciclo que se extiende entre 1955 y 1984, y que probablemente estuvo relacionado con la caída del régimen de Perón en el vecino país. Esta situación no fue para Chile sino un recordatorio más de que su principal problema internacional seguían siendo las relaciones vecinales.

La década de 1960 en este sentido tuvo un carácter ambiguo desde la perspectiva chilena. Por una parte los problemas de fronteras y límites volvieron a adquirir un foco al pensar en los vecinos. No estaba sólo el caso con Argentina en el sur del país (Palena y Beagle) sino que en 1962 Bolivia abruptamente rompió las relaciones diplomáticas con Chile por una demanda de salida al mar. Chile estaba sorprendido del radicalismo de la demanda de La Paz en un tema que consideraba y considera zanjado desde el Tratado de 1904. Aunque en principio algunos gobiernos de Santiago han estado dispuestos a conversar sobre alternativas y acuerdos. La historia continúa en este sentido. No podía escapar a la atención que el tema se había originado en la Guerra del Pacífico y por ello Perú entraba en la ecuación y este tenía una obvia simpatía por la demanda boliviana, y a la vez, el Tratado de 1929 le daba un derecho de veto a Lima por cualquier acuerdo que involucrara la zona de Arica. Todo esto mostraba la continuidad de un problema no resuelto en el estado de ánimo y producía una desconfianza muchas veces no confesada.

4. Entre la integración, la proximidad ideológica y las arenas del conflicto

Sin embargo fue también la década de los esfuerzos integracionistas y culminaba también la visión de Chile como un caso de excepcional estabilidad en su proceso político, lo que le otorgaba una cierta baza internacional. Más aún, se produjo un cierto paralelismo político en la década. El gobierno de Eduardo Frei Montalva, electo en 1964, se sentía hermano en la distancia al de Fernando Belaúnde Terry, electo en 1963. Ambos se veían a sí mismos como intentos de reformas profundas de modernización, y a la vez de inspiración cristiana alejados de una tentación marxista. Particularmente Frei tenía mucha esperanza en el apoyo de Fernando Belaúnde a sus

proyectos de integración como una manera de fortalecer tanto a las escasas democracias en la región, y ser además una forma de cooperación internacional que fuera sepultando definitivamente la carga del pasado. Por ello, Lima se sumó a el proyecto de integración sub regional, el Acuerdo de Cartagena de 1969. Por cierto, de todo esto se esperaba un inédito proceso de desarrollo económico dentro de las coordenadas de economía política estructuralista de mercados protegidos y de alta intervención del Estado.

No fue sin embargo Belaúnde el que firmó el Acuerdo de parte de Perú, sino que su sucesor, el jefe del régimen militar peruano, General Juan Velasco Alvarado. Este creó un tipo de régimen entonces minoritario en nuestra América aunque muy representativo de sistemas políticos dictatoriales del Tercer Mundo. Aunque Velasco apoyaba con mayor fuerza los proyectos de integración al menos en un plano teórico –porque como se sabe el Pacto Andino no produjo resultados significativos– el golpe de octubre de 1968 fue recibido con desaliento en la Moneda y creo una sensación tácita de cerco e incomunicación. Ello, entre otras razones, porque Chile junto a Uruguay quedaron, aparte de Venezuela y Colombia, como las únicas democracias en la región y ya con síntomas de crisis. Sin embargo la izquierda chilena pasó a poner al régimen de Velasco Alvarado como un modelo algo menor que el caso de Cuba, de todas maneras significativo, y ya como candidato Salvador Allende le envía una carta llena de elogios por su labor, y manifestando que deseaba tener las mejores relaciones con su gobierno.

Es cierto que no todo era admiración ideológica, también se temía que un gobierno de izquierda en Chile pudiera ser aislado internacionalmente. Y a la vez, muchos en Chile comenzaron a ver lo que más adelante y hasta ahora se mantiene como un artículo de fe en nuestro país, que el gobierno de Velasco Alvarado se propuso como proyecto el propósito firme o al menos acariciaba la idea de una guerra revanchista con Chile. Sobre la actitud de Velasco hacia el gobierno de la Unidad Popular en Chile no tenemos más que especulaciones. Es indudable que la aureola progresista pasó de Lima a Santiago en los tres años que seguirían al 3 de noviembre de 1970. Sin embargo esto le permitió a Velasco aproximarse a Cuba y a la Unión Soviética, y a la vez, aparecer como más moderado que Chile ante la comunidad interamericana. Así pudo arreglar su conflicto con Washington por la expropiación de intereses petroleros mientras que Chile aparecía con una postura más rígida por la nacionalización del cobre. De todas maneras el gobierno de Velasco Alvarado le sirvió a Allende de apoyo diplomático en la diplomacia americana.

Sin embargo al interior de Chile no se dejó de crear una creciente alarma por las masivas compras de armamento soviético por el ejército y la fuerza aérea peruana, que las dejaron en un claro papel de superioridad frente a las de Chile. A la vez cundían las sospechas acerca de las intenciones del gobierno militar peruano. Esta inquietud desempeñó un papel en los debates institucionales dentro de las fuerzas armadas chilenas que precedieron al golpe de estado. A partir del 11 de septiembre de

1973 en el régimen militar chileno y en el público interesado se creó una impresión en Chile, y en algunos círculos interamericanos, de que vendría un ataque peruano con el apoyo más o menos abierto de la Unión Soviética y de Cuba. Esta atmósfera caracterizaría las relaciones entre ambos países en toda la década de 1970.

También a raíz de la crisis con Argentina en 1978, cuando casi estalló una guerra total, se daba por hecho que Perú participaría en ella. Esto a pesar de que Velasco había sido depuesto en 1975, en parte al menos porque algunos jefes militares peruanos eran reacios a una guerra con Chile. Este panorama ayuda a entender también la política de Pinochet de efectuar una oferta de canje territorial a Bolivia que le hubiera entregado una salida al mar para este país. La sola diplomacia en torno a Charaña ayudaba a diluir la posibilidad de un conflicto. De haberse alcanzado un acuerdo con una venia peruana lo hubiera diluido más. Como se sabe Chile interpretó la respuesta peruana como una oposición radical a Charaña, y a pesar de ello este nombre a mi juicio sigue simbolizando la única posibilidad real de lograr una salida soberana al mar para Bolivia.

Aunque el gobierno del General Francisco Morales Bermúdez transmitía más confianza a ojos de Santiago, la situación se mantuvo tensa hasta 1980. Como se dijo era altamente probable de que Perú se hubiera sumado a un ataque a Chile en diciembre de 1978; eso al menos indicaba una concentración de tropas en la frontera. Aventado el peligro inmediato de una guerra entre Chile y Argentina por la intervención de Juan Pablo II, un caso extraño llevó a Perú a expulsar al embajador de Chile, Francisco Bulnes, un respetado político chileno. La frialdad caracterizó a las relaciones en esta década de extremo aislamiento de Chile y de manifiesta debilidad internacional en lo político y en lo militar.

5. Distancia política y distensión

La vuelta a la democracia en Perú en 1980 llevó nuevamente a Fernando Belaúnde, al gobierno, y de inmediato envía un nuevo embajador a Chile y con eso se normalizan las relaciones. Si bien Belaúnde tenía lazos con la oposición democrática al régimen militar, especialmente con la Democracia Cristiana, de su gobierno emanaba confianza en el sentido de que no habría mayores alteraciones con Chile. Sólo hubo una nube a raíz de la Guerra de las Malvinas, en las que Chile se vio en una situación incómoda de virtual aislamiento y de amenazas latentes de parte del gobierno de Galtieri. El apoyo militar de Perú a Argentina, aunque formalmente correcto en términos de solidaridad americana era visto con tintes anti-chilenos en Santiago. En todo caso, comparada con la década anterior el Perú de Belaúnde era un remanso para el gobierno chileno. A la vez la posición a Pinochet podía aducir que el peruano era un anuncio de una ineluctable oleada democratizadora, lo que al final sería así.

El joven Alan García por el contrario aparecía como una figura amenazante, y quizás en los temores y esperanzas más próximas a una oposición más radical en Chile. Sus

ideas de economía política, en especial en lo que a reactivación económica y tratamiento de la deuda externa se referían, era un rechazo casi directo a la estrategia chilena, bastante aporreada por una gravísima crisis de comienzos de la década. Incluso podía ser vista como próxima a la de Fidel Castro, que en 1985 cita a una reunión de deudores a La Habana, incluyendo a algunos empresarios latinoamericanos, para promover un repudio masivo de la deuda (aunque Cuba negociaría discretamente poco después un acuerdo con la banca de Europa Occidental). Más directamente, este programa de García era convergente hasta cierto punto con el de Ricardo Alfonsín en Argentina y José Sarney en Brasil, y todo sonaba a crítica tácita al “modelo chileno”, que había cumplido penosamente con la renegociación de su deuda externa en un difícil proceso que tiene su último instante de angustia a fines de 1986.

Esta fue solo una cara de las relaciones. Por otro lado, García tuvo una actitud todavía más distendida que su antecesor hacia el gobierno chileno. Su vicepresidente, el insigne intelectual Luis Alberto Sánchez, visitó Chile y de una manera “no oficial” se entrevistó con Pinochet. El mismo Alan García dejaba entrever que los gastos militares tal como habían sido eran una carga para el erario del Perú. De hecho hacia fines de la década se iniciaron conversaciones más de forma que de contenido, pero con todo decidoras acerca de medidas de confianza mutua entre los ejércitos. La distensión tenía no poco que ver con la crisis político-militar al parecer imparable que afectaba al Perú, por el asedio de Sendero Luminoso y del movimiento Túpac Amaru. De haber triunfado hubiese planteado un problema de magnitud en la región, y en especial para Chile, y no sólo a Pinochet.

La relativa buena atmósfera hizo que la diplomacia chilena efectuara un esfuerzo para finiquitar un viejo asunto, el de las cláusulas complementarias del Tratado de 1929. De allí surgieron las Actas de Lima de 1987, que no llegaron muy lejos por oposición en el Perú, al menos desde la perspectiva chilena, aunque consistió en un avance en comparación a la década anterior. Surgió también un nuevo elemento que iba a darle una tonalidad sorpresiva a las relaciones, la inmigración peruana a Chile, en esta década más bien concentrada en torno a la clase media alta peruana. En los años 1970, algunos chilenos exiliados se habían quedado en el Perú. En todo caso, quizás fue la relativa buena atmósfera de estos años lo que hizo que la Cancillería recibiera sin alarma aunque no de manera oficial en ese entonces el llamado “Memorándum Bákula” en 1986, probablemente el inicio del diferendo marítimo entre ambos países.

6. Regreso a la democracia, integración social y económica, acuerdos

La década de 1990 es un punto de inflexión en ambos países. No era para menos, ya que en el caso de Chile vino el fin de la Guerra Fría no sólo como rebalse de los acontecimientos en el sistema internacional, sino que también en el interno. En marzo de 1990 asumió el gobierno democrático de Patricio Aylwin y Chile experimentaba un vuelco fundamental, que había sido preparado antes, pero que se manifestó con

gran fuerza a partir de ese momento. Casi lo mismo se puede decir que sucedió en Perú con la elección de Alberto Fujimori. Que el derrotado haya sido Mario Vargas Llosa reafirmaba más el hecho que el tipo de política representada por Alan García ya no tenía fuerza en el Perú.

¿Qué significó para las relaciones con Chile? En un primer momento dos cosas. Primero, un fenómeno demográfico. En gran medida por la violencia en Perú y por el diferente ritmo de crecimiento económico en los 1990, se produjo una inédita inmigración de peruanos de sectores populares a Chile, que han llegado ser sobre todo en Santiago una parte del paisaje, y con menos intensidad aunque no disminuida permanece en los 2000. En sus comienzos se temía una reacción una reacción chauvinista dentro de Chile, y ella no está nunca muy lejos. Con todo, por esfuerzos de ambas partes ella no ha sido visible de una manera digna de mencionar, aunque tiene un potencial de interrupción dependiendo del grado de tensión que alcancen las relaciones formales, y de la capacidad de absorción e integración que se encuentre en Chile. Es la primera inmigración no española que no podrá convertirse en parte de algunas de las diferentes elites de esta sociedad, no al menos en el plazo de otras inmigraciones (alemanas, árabe, judía), pero ello no quiere decir que en el plano popular no haya traído consigo una cantidad no desdeñable de capital humano.

Segundo, como parte del crecimiento económico de Chile, capitales chilenos comenzaron a invertir en Perú y Argentina. En el vecino del norte, hasta junio de este año se habían materializado inversiones por 11 mil millones de dólares. Avanzada la primera década del 2000 comenzaron inversiones peruanas en Chile. Como se sabe esto puede ser fuente de integración como de conflicto, aunque son pocos los que ponen en duda su contribución al crecimiento y desarrollo económicos tanto del país exportados de capitales como del receptor. Pero no es opinión unánime, y además hasta el momento son las chilenas en Perú las que han creado polémicas en la política peruana. Colaboró a ello el que muchos empresarios y ejecutivos chilenos tenían escasa formación acerca del impacto de la historia en la visión de los peruanos hacia Chile, y hubo que efectuar una especie de educación al respecto.

En principio, aparte de un problema heredado de los años de Fujimori (Lucchetti), las críticas más abiertas se restringieron a la candidatura de Ollanta Humala en el 2006 y algo más suavizado el 2011. Sin embargo, pasó a ser un tema controversial en Perú, y en Chile se percibe que una parte de su cultura política es receptiva a pensar que las inversiones puede resultar en un influencia hegemónica de Chile una amenaza. Está abierto el hecho de si la nueva administración de Ollanta Humala se va a traducir en una legitimación más o menos definitiva de este tipo de integración económica, o va ser una fuente intermitente de desconfianzas.

La teoría de la “paz democrática” ha tenido gran éxito entre los especialistas. Supone que los sistemas democráticos no hacen la guerra entre sí. Quizás la Primera Guerra Mundial fue una excepción, pero hay un largo debate si Alemania era democrática en

1914 en términos de la época. En fin, era de esperar que la renovación democrática que vino con el fin de la Guerra Fría ayudara a despejar las desconfianzas entre ambos países. Se suponía también que el problema tenía raíces autoritarias y en los hechos el peligro de guerra se produjo bajo dos regímenes militares. Ha habido otro supuesto corriente, de que la desconfianza y las tensiones subyacentes se originan en visiones de las relaciones internacionales ancladas en una cultura que sería una reliquia del siglo XIX. La solución vendría por destacar cómo los intereses son convergentes si es que se adopta una mentalidad “moderna” para afrontar las relaciones entre ambos países. ¿Cuál ha sido el resultado en estas últimas dos décadas?

En cierta manera los gobiernos de Aylwin y Fujimori tenían una visión en común en términos económicos y para alcanzar una mejor confianza. Hubo un tropiezo grave al comienzo con el autogolpe de Fujimori en abril de 1992, ya que el gobierno de Aylwin decidió censurar fuertemente al Perú. Sin embargo a fines de ese año se habían retomado negociaciones que concluyeron en 1993 con los “Protocolos de Lima”, para solucionar los temas pendientes del Tratado de 1929. Las negociaciones parecieron ser un éxito, sin embargo para los chilenos hubo un lobby nacionalista en Perú que los criticó fuertemente.

Hasta esa década nunca un presidente peruano había visitado Chile. Se decía que ello era una respuesta a que el Huáscar todavía estuviera en manos chilenas. Presidentes chilenos, Jorge Alessandri y Salvador Allende, se detuvieron en Lima en una visita protocolar (algo de solidaridad ideológica en el caso de Allende), pero nunca sucedió a la inversa. Alan García vino como un acto especial para la toma de posición de Patricio Aylwin, aunque no fue de los que saludó a Pinochet. En cambio, Alberto Fujimori pareció romper con todos los precedentes y visitó oficialmente Chile. Llegó a ser el gobierno peruano que menos recelo tenía con Chile. En Perú se rumoreaba que Fujimori por no tener raíces en la historia peruana no entendía el verdadero problema de las relaciones con Chile. Cualquiera que haya sido la razón en los hechos el decenio de Fujimori fue el de las mejores relaciones entre ambos países, culminando con el Acuerdo de 1999 que puso punto final a todo lo pendiente de las cláusulas del Tratado. Paradoja para Chile, el gobierno con el cual se pareció avanzar más en las relaciones bilaterales fue el de Fujimori; lo mismo sucedió con el de Carlos Menem en Argentina en la misma década; a posteriori han sido de los gobiernos más repudiados en su propio país, aunque no necesariamente por esta razón, pero pone algún punto de interrogación desde la perspectiva de Santiago.

7. Las ambigüedades de la década del 2000

Tras el interregno de Valentín Paniagua, la llegada del gobierno de Alejandro Toledo auguraba una atmósfera cada día mejor. Parecía ver un paralelismo en política interna y externa con el gobierno de Ricardo Lagos en Chile. Que Toledo tuviera asesores chilenos para algunos era un hecho definitivo. Mas como una maldición las nubes se

acumularon en las relaciones bilaterales y esto se arrastraría a lo largo de la década del 2000. Justo en un momento en que el Perú recogía los frutos de una política económica más racional desde los años noventa, y comenzaría una etapa que para una parte del país era la superación del estancamiento. En muchos sentidos es un momento de “optimismo histórico”. Mirado desde Santiago, era como si desde una hondura subjetiva surgieran constantemente actitudes de desconfianza que se focalizaba muchas veces en los programas de renovación de armamentos de las Fuerzas Armadas chilena, y ocasionalmente en las inversiones chilenas en Perú. Chile sostiene que por décadas sus fuerzas armadas estuvieron estancadas y en condiciones de inferioridad en relación al cono sur. Sólo se ha restablecido una disuasión mínima, y de plantear que toda reducción de armamento en la región debe comprometer de manera proporcional a una parte importante de los países del cono sur. Al final del gobierno de Toledo en el 2006 las relaciones habían tenido un enfriamiento marcado.

En las elecciones del año 2006 como se dijo, el lenguaje nacionalista de Ollanta Humala, que obtuvo una alta votación, tenía frecuentemente un acento de crítica explícita a Chile como una amenaza. Esto fue aventado por el triunfo de Alan García, provisto de ideas y actitudes muy distintas a las que lo caracterizaron en los años ochenta. En sus comienzos pareció renovar una actitud de confianza hacia Chile. Aunque planteaba constantemente que la meta era sobrepasar a Chile y ser vanguardia del desarrollo económico, era evidente que con este ejemplo se refería a una competencia pacífica y colaborativa, y al mismo tiempo canalizaba el nacionalismo crítico de Chile por una ruta pacífica.

Por otro lado, continuas declaraciones suyas, más dirigidas al público interno que al chileno, contribuyeron a un clima algo enrarecido, junto a una estrategia de amplia colaboración y paralelismo de proyectos en el área del Pacífico. Se llevó a hablar de un eje entre ambos países y algunos más, como contrapartida al liderazgo y polo desarrollado por Hugo Chávez en Venezuela. Con toda esta colaboración estaba jalonada de actitudes que parecían incomprensibles para Chile y que generalmente hacían referencia a una supuesta amenaza militar desde nuestro país. Por ello el resultado de los años post- Fujimori viene a ser mixto, ya que en términos regionales Perú y Chile destacan más por la convergencia de sus políticas continentales, de sus respectivos programas internos y por el incremento de su relación económica; en otro sentido los chilenos han llegado a ser conscientes de que tienen un camino difícil para el futuro.

El gobierno de Michelle Bachelet había enfriado sus relaciones con las de Alan García. El gobierno de la administración de centro- derecha de Sebastián Piñera se inició apostando con fuerza a que la comunidad de intereses económicos constituía un marco que ninguno de los dos países podía desaprovechar. Con todo no son los intereses económicos definidos en un sentido estrecho los que determinan muchas veces las conductas internacionales, en especial cuando la carga de la historia es tan

fuerte como en este caso. Y además existe el problema de las relaciones entre Chile y Bolivia que inciden en los vínculos políticos entre los tres países.

La gran pregunta de este momento es que si la administración de Ollanta Humala inaugurada recientemente se mantendrá fiel a una política de principio desconfiada de Chile (que incluía revisión de algunas de las inversiones chilenas), y a una orientación internacional más próxima a Caracas. Por otro lado Humala logró triunfar con el apoyo de fuerzas que representan a este nuevo Perú del desarrollo económico. Y su discurso para esta campaña mostró importantes matices de diferencia con el del 2006. Las primeras señales al asumir el gobierno han sido positivas.

Para el final dejamos el diferendo político y diplomático que más ha pesado en la década del 2000. La presentación de la demanda peruana ante la Corte Internacional de la Haya rebatiendo el límite marítimo existente entre ambos países. Más bien, la tesis peruana es que no existe legalmente ese límite y que se debe establecer ahora. Hasta el año 2000 prácticamente ningún chileno tenía conocimiento de que esto era un tema pendiente, refrendado no sólo por el Tratado de 1929 sino que también por la declaración de las doscientas millas, de los acuerdos de 1952 y 1954, y por una práctica consecuyente.

Desde el punto de vista de los chilenos es como buscarle las “cinco patas al gato” para que exista algo pendiente. Para el Perú se trataría de una justicia elemental. En ambos países existe un alineamiento completo en torno a la tesis de los respectivos gobiernos. El tema de La Haya, como se le conoce, terminó por calar profundamente en la conciencia de las respectivas opiniones públicas y existe una inquietud general por el resultado del proceso. Hay que decir que en Chile mucho más que en lo que su momento precedió a la decisión por el Beagle (1977) o por la Laguna del Desierto (1994). Mientras esté pendiente este caso una convergencia estratégica va a estar hipotecada por las expectativas que el fallo de la Corte pueda generar.

Este rincón del Cono Sur es uno de los casos que existen en el sistema internacional en donde los diferendos siguen estando gravados por el peso de la historia. No es el único ejemplo de esta “anomalía” en el sistema internacional. Las inquietudes que emergen continuamente entre el Perú y Chile empalidecen al lado de otros tipos de competencia y tensiones inter-estatales, como el conflicto del Medio Oriente, el polo de conflictos entre India y Pakistán, o la desconfianza muda en Asia Oriental. Sin embargo, sí que constituye una relativa anomalía en el cono sur, y uno de los desafíos más importantes en medio de otros factores positivos de la evolución.

Bibliografía recomendada de textos producidos en Chile en los últimos años

LAGOS, Jaime. *Los límites marítimos con el Perú*. Santiago: Andrés Bello, 2009.

RODRÍGUEZ ELIZONDO, José. *Chile-Perú. El siglo que vivimos en peligro*. Santiago: La Tercera, Mondadori, 2004.

RODRÍGUEZ ELIZONDO, José. *De Charaña a la Haya. Chile, entre la aspiración marítima de Bolivia y la demanda marítima de Perú*. Santiago: La Tercera Ediciones, 2009.

RODRÍGUEZ ELIZONDO, José. *Chile-Perú. Temas para después de la Haya*. Santiago: Planeta 2010.

ARTAZA, Mario y Paz MILET (Editores). *Nuestros vecinos*. Santiago: RIL, 2007.



El Instituto de Estudios Internacionales es un centro de postgrado interdisciplinario, líder en investigación, docencia y análisis de las relaciones internacionales, el derecho internacional, la ciencia política, la historia y la economía internacional.

Creado en la década de los sesenta, el IIEI es el primer instituto interdisciplinario de la Universidad de Chile, la más antigua institución de educación pública de Chile, que abrió sus puertas por primera vez en 1842.

Además el IIEI edita desde 1967 la revista Estudios Internacionales, publicación analítica y de investigación que se encuentra entre las más antiguas iniciativas de este tipo en la región.

El Instituto de Estudios Internacionales (IDEI) es la unidad académica de la Pontificia Universidad Católica del Perú creada en 1991, con el propósito de impulsar en el Perú el conocimiento de los asuntos internacionales con perspectiva multidisciplinaria, teniendo en cuenta la creciente importancia de estos asuntos para el desarrollo del Perú en un mundo global e interdependiente.

Desde su creación, el IDEI ha desarrollado más de un centenar de estudios en diversos ámbitos del quehacer internacional desde una perspectiva multidisciplinaria.

GENERACIÓN DE DIÁLOGO
CHILE-PERÚ / PERÚ-CHILE

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Equis Equis S.A. con un tiraje de 500 ejemplares
Jr. Inca 130, Surquillo. Telf.: 447-2110
Diciembre 2011

